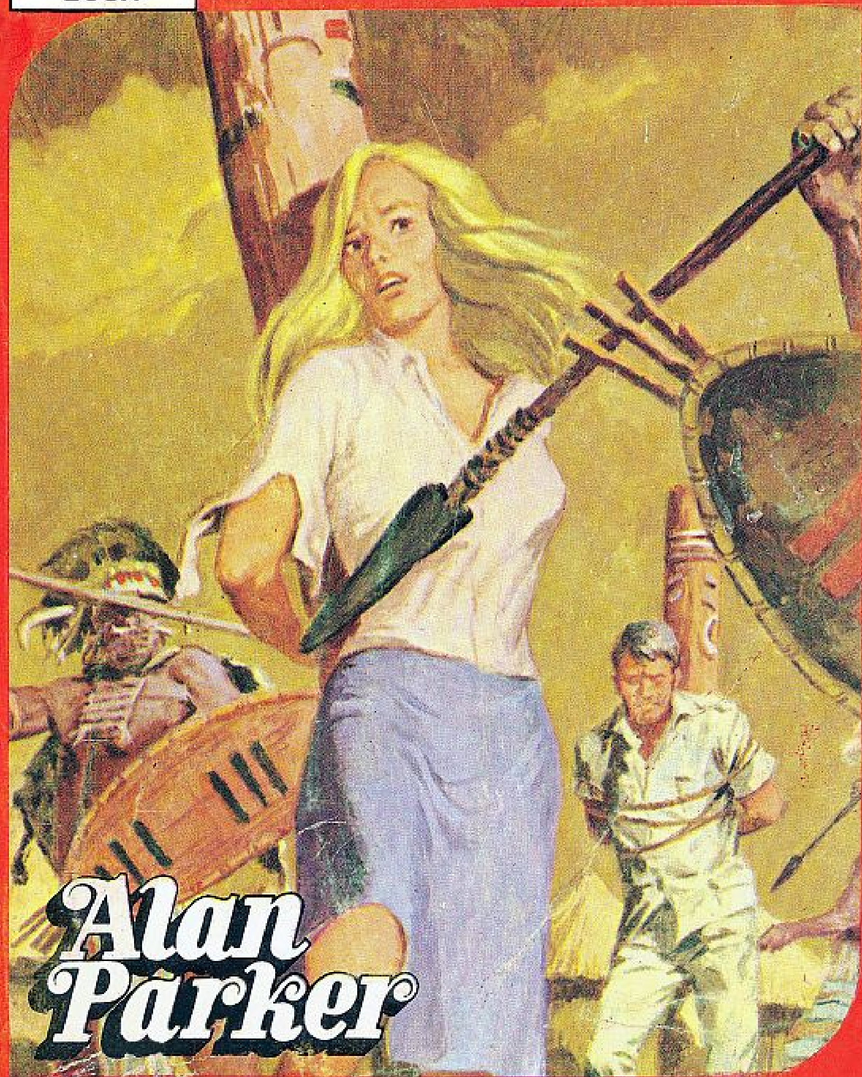
tam tam

NOVELAS ECSA

CORTADORES DE CABEZAS



CORTADORES DE CABEZAS

TAM Nº 10

Autor: Parker Alan
ISBN: 9788475180519
Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

LA COMPAÑÍA se llamaba pomposamente Zodiac Air, pero en realidad sólo se trataba de un par de viejos aviones que, desde una pequeña base en Belanga, cerca de Manila, transportaban pasajeros y carga general a las innumerables islas del Pacífico.

Los propietarios de la Zodiac Air eran un par de expertos pilotos llamados Alan Gilmore y Pierre Lacroix. Su amistad era tan grande que quienes les conocían les llamaban «los hermanos».

En efecto, la amistad entre Alan y Pierre se remontaba a muchos años, a los años de la guerra de Vietnam, incluso antes. A los años de penalidades y de estrecheces, de sufrimientos y de hambre. Y todo eso lo habían padecido los dos juntos, espalda contra espalda.

Un buen día, hacía de eso tres años, decidieron largarse a las Filipinas. Y tuvieron suerte. Trabaron amistad con un tal Kaloga. El tipo tenía un par de viejos aviones en una pequeña isla llamada Belanga y se dedicaba al transporte de mercancías, pero estaba con el agua hasta el cuello debido a las deudas de juego. Alan y Pierre tenían unos cuantos ahorros. No era mucho dinero, pero sí lo suficiente para engatusar a Kaloga y quedarse con los dos aparatos.

Alan y Pierre ampliaron el negocio y además de dedicarse al transporte de mercancías admitieron pasajeros. Tres en cada avión, a lo sumo. La mayoría de ellos eran comerciantes, gente con dinero que tenía necesidad de recorrer las innumerables islas que hay en las Filipinas para vigilar sus negocios o establecer de nuevos.

Las cosas les fueron bastante bien durante cierto tiempo. Pero su éxito despertó a la competencia y muy pronto se crearon más compañías privadas al estilo de la Zodiac Air. Afortunadamente Alan y Pierre tenían una buena clientela que les fue fiel hasta que apareció un

tal McKena, un galés hijo de perra que también se había instalado en Belanga con cuatro aparatos mucho más modernos y rápidos que los que tenían Alan y Pierre.

McKena fue además lo bastante astuto como para no cobrar unas tarifas superiores a las que tenían establecidas en la Zodiac Air con cuya estratagema se llevó la mayor parte de los clientes de los dos amigos, los cuales se negaron en redondo a rebajar sus precios.

El negocio de McKena subió como la espuma mientras que el de Alan y Pierre bajó en picado. Desde hacía algunos meses sólo cubrían gastos pero esperaban que algún día volviese a cambiar su suerte.

Indudablemente, McKena había sido su bestia negra.

* * *

McKena era un galés orondo y de rostro colorado. Por sus venas, en lugar de sangre, corría cerveza. No era un mal tipo pero estaba pésimamente aconsejado por su socio, un tal Friedman, un alemán descendiente de un importante jefe de las SS.

Friedman era una especie de lobo hambriento y ambicioso, un individuo sin escrúpulos que sobrevivía a fuerza de aplastar a los demás. Y se había empeñado en aplastar a los dueños de la Zodiac Air para acabar de una vez por todas con la competencia en la isla.

Alan y Pierre le odiaban. Friedman les correspondía.

McKena solía hacer de árbitro aunque se daba cuenta de que su socio tenía razón. Eliminados «los hermanos», el negocio aéreo de la isla era suyo. Un día decidió dejar de ejercer cono árbitro y le dio carta blanca a Friedman.

Y éste se relamió de gusto.

Pensó que no iba a ser difícil arrojar a los de la Zodiac Air de Belanga. Friedman sabía que estaban al borde de la bancarrota.

Un par de hábiles zarpazos y al agua…

Pero se equivocó.

Los de la Zodiac Air resultaron ser más duros de pelar de la que había imaginado en un principio. A pesar de estar al borde del abismo, resistían como gatos panza arriba.

Aquella mañana, Friedman se presentó de nuevo en la pequeña oficina de la Zodiac Air en un reluciente coche recién estrenado, un Mercedes descapotable de color rojo. Alan le vio llegar y con una botella de cerveza en la mano, se apartó de la sucia ventana, dejó escapar un sordo gruñido y tomó asiento tras la mesa de despacho, en

otro tiempo repleta de solicitudes de vuelo y ahora vacía como la palma de su mano.

Friedman entró en la oficina con aires de invasor. Olía a perfume barato y fumaba un grueso puro. Cerró de un portazo. Luego miró a Alan y se sentó frente a él. Alan echó un trago de la botella y colocó ambos pies sobre la mesa.

El alemán se quitó el puro de la boca y preguntó:

—¿No está su socio?

—No.

—¿Tardará mucho en volver?

—Depende.

—Es que preferiría hablar con los dos, ¿comprende, señor Gilmore? Por aquello de los malos entendidos…

—el alemán dejó escapar una media sonrisa cargada de veneno.

Alan arrojó la botella al cesto de los papeles y encendió un cigarrillo. Echó el humo a la cara de Friedman. Este le miró con enojo pero no dijo nada. Se limitó a apartarlo de un manotazo.

—Entre Pierre y yo jamás han habido malos entendidos, Freeman —respondió Alan.

—Friedman —rectificó penosamente el aludido—. Me llamo Friedman.

—De acuerdo, Freeman. Vaya al grano.

—Se trata de nuestra última oferta por la Zodiac Air.

Alan volvió a echar el humo del cigarrillo al rostro del alemán. Este miró a Alan con cara de pocos amigos pero no dijo nada. De todos modos, aquel americano le caía muy mal.

—Bien, señor Gilmore, ¿no tiene nada que decir?

—Sí. ¡Que se vayan a la mierda!

El alemán se puso pálido. El americano le caía cada vez peor. Prefería tratar con Pierre. Era europeo y por lo tanto tenía más educación.

Friedman aplastó el puro en el repleto cenicero.

—Creo que está cometiendo un error —dijo al cabo de un rato.

Alan se puso de pie de un salto y señaló vigorosamente al alemán.

—¡El error lo están cometiendo ustedes, mis queridos amigos! Se empeñan en hincar el diente en el acero y ¿sabe lo que van a conseguir con ello? ¡Quedarse sin dentadura!

—La Zodiac Air está al borde de la bancarrota —respondió

tranquilamente el alemán—. No pueden pagar ni el recibo del teléfono. Mi Compañía les está haciendo, desde hace bastante tiempo, una generosa oferta de compra. ¿Por qué se empeñan en rechazarla?

—Porque somos masoquistas.

—Con el dinero que estamos dispuestos a darles…

—Señor Freeman…

—Friedman…

—Señor Freeman, nos tiene usted hartos. ¿Entendido? No estamos dispuestos a vender nuestra Compañía aunque seamos pasto de las telarañas.

—¿Significa eso que rechazan una vez más nuestra oferta?

—¿A usted que le parece?

—Me parece una estupidez por su parte —respondió Friedman levantándose—. Están ustedes al borde del abismo y cuando menos se lo esperen se van a caer por él y entonces ni nosotros podremos echarles una mano.

—Su generosidad me conmueve, señor Freeman —dijo sarcásticamente Alan encendiendo otro cigarrillo.

El alemán se dirigió a la puerta pero antes de salir se volvió.

—De todos modos, señor Gilmore, no estaría de más que volviese a hablar de este asunto con su socio. Creo que el señor Lacroix es mucho más sensato que usted.

—¡Fuera de aquí! —bramó Alan.

El alemán abandonó la oficina de la Zodiac Air cerrando suavemente. Alan tiró el cigarrillo al suelo y lo trituró con la puntera de su bota.

De buena gana hubiera hecho lo mismo con el cuello de Friedman.

* * *

«Lobo» llamando a «Caperucita». Responda, «Caperucita». Aquí «Lobo». Corto.

Alan alejó los turbios pensamientos de su mente y acudió al pequeño cuartucho donde tenían la radio.

—Aquí «Caperucita». Adelante, «Lobo». Corto.

—¿Qué tal va todo, Alan? Corto.

—Acabo de recibir la visita de Friedman. Corto.

—¿Y qué quería? Corto.

—Lo de siempre. Nuestra Compañía. Corto.

—¿Y tú qué le has respondido? Corto.

—También lo de siempre —se rio Alan—. Corto.

—Bien hecho, socio. Corto.

—¿Qué tal han ido las cosas? Corto.

—Regular… Pero he conseguido trescientos pavos. Corto.

—Magnífico. Ya tenemos para comprar gasolina para el encendedor. Corto.

—¡Ya vendrán tiempos mejores, socio! —se rio Pierre—. Corto.

—Eso espero porque de otro modo habría que ir pensando en el suicidio. Corto.

—¿Sabes? Se me ha ocurrido una gran idea. Corto.

—¿Qué idea? Corto.

—Te la contaré cuando llegue. Corto.

—¿Y cuándo será eso? Corto.

—Estoy a mitad del vuelo, es decir, que llegaré en una hora más o menos. Corto.

—Te estaré esperando en el bar de Gopal. Corto.

—*O.K.*, socio. Corto.

Se oyó el ruido característico de cuando se corta la comunicación y Alan colgó los auriculares.

¡Trescientos pavos para llevar cien kilos de mercancía hasta la isla de Caimanes! ¡Santo cielo, aquello era la ruina! Pero no podían permitirse el lujo de rechazar ningún encargo. La situación de la Zodiac Air no estaba para eso.

* * *

El bar de Gopal estaba en una de las callejuelas de la isla. Tenía buena cerveza, buen whisky, se comía a buen precio y habían un par de hermosas nativas para «caldear» el ambiente. En la parte trasera, después de atravesar un corral donde los días festivos se celebraban peleas de gallos, había otro pequeño edificio encalado. Un gran cartel en la puerta indicaba que aquello era un «almacén de granos» pero en realidad se trataba de una timba. Allí, los nativos de la isla y los turistas «recomendados», se dejaban los calzoncillos. Era un negocio que

funcionaba muy bien y que llenaba las arcas de Gopal, un aventurero filipino que conocía como nadie la selva.

Gopal era un tipo de baja estatura y delgado como una caña de bambú pero valiente como pocos y muy despierto para los negocios. Llevaba siempre unas camisas estampadas con vivos colores y una cinta en la frente.

Gopal sentía especial admiración por «los hermanos» como la sentía por todo aquel que era luchador nato. No ignoraba que los dos socios estaban pasando por agobiantes dificultades económicas pero que a pesar de ello, seguían luchando y defendiéndose de aquel par de ratas llamadas McKena y Friedman.

Sus amigos Alan y Pierre tenían siempre una mesa reservada en su local. Nadie podía sentarse allí excepto ellos y si alguien se atrevía a hacerlo, lo echaba a patadas.

Gopal era un hombre con un corazón de oro para sus amigos pero una verdadera hiena para sus enemigos que, desgraciadamente, eran bastantes en la isla.

Alan entró en el bar de Gopal con un cigarrillo colgándole de los labios y unas gafas oscuras en los ojos, unos ojos que siempre estaban a la expectativa y que no se perdían detalle. Debido a eso vio a Noemi, una de las chicas del local, conversando animadamente con dos de los pilotos de McKena.

Se sentó a su mesa. Gopal tardó muy poco en aparecer. Llevaba dos jarras de cerveza bien fría.

—Hola, camarada —saludó el filipino.

—Hola, Gopal. Oye, ¿desde cuándo permites que haya ratas en este bar?

—¿A qué te refieres? —preguntó el filipino entrecerrando los ojos.

—A ese par de tipos que están con Noemi. Son pilotos de McKena.

Gopal volvió la cabeza.

—¿Ah, sí? —gruñó—. Pues ahora vas a ver lo que hago con ellos.

—¡Un momento! —exclamó Alan cogiendo a su amigo por un brazo —. Se me acaba de ocurrir una idea.

—Tú dirás.

—Lo que tienes que hacer, es decirle a tus chicas que cada vez que esos tipos aparezcan por aquí, sean muy amables con ellos y que se las ingenien para obligarles a soltar la lengua, ¿comprendes?

—Más o menos. Lo que pretendes es conocer los planes de McKena con antelación.

—Exactamente. Si nos anticipamos a sus planes, siempre podremos sacar mejor tajada.

—No es mala idea. Noemi hará bien ese trabajo

—Gopal guiñó un ojo—. La chica conoce su oficio.

Alan sonrió.

—Personalmente prefiero a Flor. Por cierto, ¿dónde está?

—A tu espalda, querido.

Alan se volvió. Una hermosa filipina de dieciocho años, con un exótico rostro y largos cabellos negros cayéndole sobre los desnudos y redondos hombros, estaba sonriente detrás de él. Flor era como una bella estampa sacada de un libro ilustrado.

—¿Has oído lo que ha dicho Alan? —le preguntó Gopal.

—Claro. Quiere que me convierta en una especie de Mata-Hari.

Alan le dio un cachete en el trasero, duro y bien formado, y que él conocía a la perfección.

—¿Te atreves?

—Por ayudar a Alan Gilmore soy capaz de hacer hablar a un gallo de pelea.

—Buena chica —sonrió Alan.

—Os dejo solos —dijo Gopal—, Yo tengo que atender a otros clientes.

Ella tomó asiento frente a Alan. Su cuerpo despedía un agradable perfume. El sintió que su sangre empezaba a removerse en las venas. Flor le acarició una mano. Estaba enamorada de aquel hombre pero no se hacía ilusiones. Sabía que Alan sólo pensaba en la Zodiac Air.

—¿Y Pierre? —preguntó.

—No tardará en llegar.

—¿Cómo os van las cosas?

—Mal.

—Ese Friedman es un puerco.

—Sí. Pero algún día le pondré el pie en el cuello. Lo mismo que a McKena.

—Alan…

—¿Qué?

—Hace muchos días que no hacemos el amor. ¿Es que tienes otra mujer?

Alan sonrió.

—No, nena. Mi única mujer eres tú. Lo que pasa es que últimamente

mis libros de contabilidad me exigen demasiado tiempo, ¿comprendes? Estamos intentando que la Zodiac Air no desaparezca. De todos modos, es posible que esta noche compartamos la misma almohada.

Los ojos de Flor se iluminaron.

—¿De verdad?

De repente oyeron una vieja canción que se llamaba *Déjame soñar*. La estaba silbando alguien que acababa de entrar en el local. Era un individuo bastante fornido, atractivo y llevaba una especie de uniforme caqui. Flor y Alan volvieron la cabeza. Alan guiñó un ojo. Flor sonrió. Y el recién llegado dijo:

—El día que deje de silbar esa canción es que me habré muerto.

—Hola, Pierre —saludó Flor.

El socio de Alan se dejó caer en una silla y le dio una palmada en el hombro a su amigo.

—¡Tengo grandes proyectos, amigo! —exclamó—. Como ya te he dicho antes, se me ha ocurrido una gran idea.

—Si tenéis que hablar de negocios os dejo —dijo Flor.

—Nada de eso, encanto —respondió Pierre pasando un brazo alrededor de la cintura de la muchacha—. Hueles demasiado bien para dejar que te marches. Además, tú eres como de la familia.

—Veamos tu idea —dijo Alan.

—Te la contaré después de que me haya bebido una jarra de cerveza bien fría. En esa maldita isla de donde vengo sólo hay agua estancada.

—Yo iré a por ella —dijo Flor.

La chica se alejó. Pierre miró a su amigo.

—¿Qué te pasa, hermano? Parece que hayas estado en un funeral.

—La caldera está a punto de estallar, Pierre. Estamos en la ruina.

Su socio sacó algunos billetes de uno de los bolsillos de su cazadora y los arrojó sobre la mesa.

—Tenemos trescientos pavos.

—Con eso no hay ni para pagar el alquiler del apartamento.

—Dejaremos el apartamento. Nos iremos a vivir a la oficina. Bastará con un par de catres y algunas mantas.

Flor regresó con la cerveza. Pierre vació la jarra de un trago.

Luego encendió un cigarrillo.

—Alan —dijo solemnemente—, ha llegado el momento de las grandes decisiones. ¡Dentro de tres días me largo a París!

Alan miró extrañado a su socio. Este se echó a reír.

—¡No me mires con esa cara, hombre! No me he vuelto loco.

—¿Y qué diablos vas a hacer a París?

—A pegarle un sablazo a mí tío Gaston. Te he hablado de él, ¿no?

—Sí, pero…

—Nada de peros, Alan. Tío Gaston me quiere lo suficiente como para echarme una mano. Soy su sobrino favorito. Y él está forrado de billetes. Es una combinación perfecta, ¿no te parece?

—¿Y cómo piensas ir a París? ¿De polizón? Porque todo el dinero que tenemos son esos trescientos pavos.

Pierre se echó a reír.

—Nada de eso, hermano. Me ha salido un viaje a Puerto Príncipe para esta tarde a las cuatro. Mil quinientos pavos, ¿no te parece?

—¡Mil quinientos pavos! —exclamó Alan—. No está nada mal. ¿Y qué tienes que llevar? ¿Dinamita?

—A un hombre. Se llama Werner o eso dice él. Pero no me importa. Te lo presentaré dentro de un rato.

—Hummm… —gruñó Alan—, Un tipo que paga mil quinientos dólares para que le lleven a Puerto Príncipe. O está loco o esconde algo, Pierre.

—¿Escrúpulos?

—Veremos.

CAPÍTULO II

EL tal Werner resultó ser un individuo de unos cuarenta y cinco años, regordete y con un bigotito a lo Hitler. Vestía un elegante traje blanco combinado con una espectacular corbata granate. En la mano derecha llevaba un portafolios de cuero.

A Alan no le gustó aquel individuo. Había algo en él que resultaba sospechoso. Bajo una apariencia de hombre afable y vulgar, flotaba el espectro de un tipo al que era necesario no perder de vista para evitar que le clavase a uno un puñal por la espalda.

—Señor Werner —respondió Pierre—. Este es mi socio, Alan Gilmore.

Werner tendió la mano, fría y fofa, una mano de cadáver. Cuando Alan se la estrechó, sintió un escalofrío de asco.

—Encantado, señor Gilmore —dijo y su voz resultó completamente falsa.

Alan se limitó a asentir con la cabeza.

Werner observó con sus ojillos de ratón al socio de Pierre.

—Creo que su amigo es un poco desconfiado, señor Lacroix —insinuó con una sonrisa. Y su redondo rostro se congestionó por el esfuerzo.

—Acierta usted, señor Werner —respondió Alan quitándose las gafas oscuras y dejándolas sobre la mesa de despacho—. Soy tremendamente desconfiado. Sobre todo cuando alguien ofrece mil quinientos pavos para que le lleven a Puerto Príncipe. Es una tarifa demasiado alta para un viaje tan corto. Y eso no me gusta.

—Vamos, Alan —intervino Pierre—. Esa no es forma de tratar a un cliente.

—Su socio tiene razón, señor Lacroix —dijo Werner—, Es un viaje demasiado corto para una tarifa tan alta, así que si no les interesa acudiré a McKena. Él no tiene tantos escrúpulos. Buenos días.

—¡Eh, un momento! —exclamó Pierre interponiéndose entre aquel hombre y la puerta—. Mi socio no ha dicho que no nos interese el viaje, ¿verdad, Alan?

—Por supuesto que no… de momento.

—¿Qué significa eso? —preguntó Werner.

—Sólo quiero saber si esconde usted algo, señor —respondió Alan—. Mire, estamos con el agua hasta el cuello, pero no nos gusta meternos en líos, ¿comprende?

—No hay nada que temer, señor Gilmore — respondió Werner—, Puede confiar en mí. ¿Satisfecho?

—¡Vamos, Alan! —exclamó Pierre empezando a ponerse nervioso por la actitud de su socio—, ¿A qué estás jugando? Si el señor Werner te dice que no hay nada que temer, es que no hay nada que temer…

Gilmore encendió un cigarrillo y acabó por encogerse de hombros. Al fin y al cabo tampoco tenían donde escoger y su amigo necesitaba dinero para trasladarse a París.

—De acuerdo —dijo—. Confío en usted, señor Werner.

—Muy amable por su parte —respondió irónicamente aquel individuo. Luego se volvió a Pierre—. Estaré en la pista a las cuatro en punto.

—*O.K.*

Cuando Werner abandonó la oficina, Pierre dejó escapar un bufido y se encaró con su socio. Alan se había sentado sobre la mesa de despacho y estaba fumando con aire pensativo.

—Un poco más y echas a perder el negocio, Alan —le recriminó Pierre.

—Ese fulano no me gusta, socio.

—Ni a mí tampoco. Personalmente prefiero a Raquel Welch. Pero si quiere tirar mil quinientos dólares no voy a ser tan estúpido de no recogerlos del suelo.

—Nadie ofrece mil quinientos pavos por un viaje así a no ser que oculte algo. ¿Dónde le has conocido?

—Acabo de conocerle, Alan. No le había visto en mi vida.

—Entonces te lo habrá recomendado alguien.

—En efecto.

—¿Quién?

Pierre se rascó la cabeza.

—Santana.

—¿Santana? —Alan saltó de la mesa—. ¿Ese gángster?

—¿Y qué diablos quieres, Alan? —gritó Pierre—. ¡Dada nuestra situación no podemos escoger! Me tropecé con Santana en isla Calamianes y me habló de Werner. Yo le respondí que estaba de acuerdo con hacer el viaje. Santana llamó a Werner y se lo comunicó. Eso es todo.

—Ahora estoy convencido de que ese tipo oculta algo, Pierre —dijo pensativamente Alan—, Nadie que sea amigo de Santana es capaz de jugar limpio.

—¿Y qué nos importa a nosotros, socio? Lo único que tengo que hacer, es llevar a Werner hasta Puerto Príncipe y luego cobrar. Lo demás, es cosa de ellos. Alan, necesitamos ese dinero. Tengo que ir a París. ¡Nuestro negocio está en juego!

Gilmore asintió con la cabeza.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero que Werner te pague la mitad por adelantado.

Pierre sonrió.

—¡No tienes remedio, socio! ¡Eres más pesimista que un viejo de noventa años!

* * *

Después de la última caricia de Flor, Alan quedó exhausto y satisfecho sobre aquel revoltijo de sábanas.

Cerró los ojos durante unos instantes mientras su respiración recobraba el ritmo normal. Aún quedaba en su pecho el contacto de la suave y perfumada piel de la muchacha, de aquellos senos redondos y firmes y la huella de unos cálidos e inquietos labios.

Luego miró a la muchacha que, de rodillas en la cama, le miraba sonriente. Alan le acarició los muslos.

—Eres magnífica, nena —susurró.

—Soy feliz complaciéndote —respondió ella.

Alan se recostó contra la cabecera de la cama. Flor le puso un cigarrillo en los labios y se lo encendió. Aquella dulce y complaciente muchacha era una de las pocas cosas que le hacían la vida soportable en

Belanga. Todo lo demás era fango.

—Alan…

El la miró a través del humo del cigarrillo.

—Sé que Pierre y tú estáis en apuros.

—Más bien estamos con el agua hasta las cejas, nena.

—Tengo algún dinero ahorrado. No es mucho, pero os lo puedo prestar.

—Eres un encanto, Flor.

—Entonces, ¿aceptas mi dinero?

—No. Ya saldremos adelante. De todos modos, gracias.

De repente se oyeron unos golpecitos en la puerta de la habitación. Flor se cubrió el cuerpo con la sábana.

—Adelante —dijo Alan.

Se abrió la puerta y apareció Gopal.

—Perdonad que os interrumpa —se excusó el filipino—. Tengo algo importante que decirte, Alan.

—¿De qué se trata?

—Acabo de hablar con Noemi. Ha escuchado algo que puede interesarte. Los pilotos de McKena estaban hablando de un tal Werner. Es el tipo al que Pierre ha llevado a Puerto Príncipe, ¿no es así?

Alan se incorporó.

—En efecto, Gopal. ¿Qué ocurre con él?

—Al parecer es amigo de Santana.

—Lo sé.

—Santana y Werner se han asociado. Algo gordo, ¿comprendes?

—¿Cómo qué?

—Droga.

Alan dejó escapar un gruñido.

—¿Y cómo han averiguado todo eso los pilotos de McKena? —preguntó el socio de Pierre.

—Al parecer Santana había ofrecido el vuelo a McKena antes que a vosotros pero Friedman se negó en redondo puesto que él y ese gángster no se pueden tragar.

—Y en vista de que Friedman se negaba, Santana fue en busca del imbécil de mi socio.

—Exacto. Y lo que es peor, McKena se ha enterado de que le habéis hecho el servicio a Santana y ahora él y Friedman se están mondando de risa.

—Sí, debe resultar muy gracioso estar con el agua hasta las cejas y encima liarse con un asunto de drogas. Si la policía nos descubre ya no tendremos que preocuparnos más por nuestras deudas puesto que iremos a parar con nuestros miserables huesos a la cárcel. Sí, la cosa tiene gracia… Comprendo que McKena y su socio se estén partiendo de risa.

—Lo siento, Alan… —dijo Gopal—. De todos modos, es posible que no ocurra nada. Sin embargo, si quieres un buen consejo, deshazte de Santana en cuanto puedas.

Pero Alan no pensaba en aquel momento en Santana. Estaba pensando en su amigo Pierre y en los problemas que éste podría tener.

* * *

Werner no había resultado ser un pasajero muy hablador. Se habla pasado todo el viaje sentado en la última butaca, con aquel portafolios sobre sus rodillas y mirando por la ventanilla.

Sólo cuando estaban a punto de aterrizar en Puerto Príncipe, se levantó de su asiento y se acercó a Pierre mostrándole un mapa.

—Tiene que tomar tierra aquí, señor Lacroix —le dijo al francés trazando un pequeño círculo en el mismo con una pluma de oro.

Pierre le echó un vistazo.

—Eso está en plena selva, señor Werner.

—¿Y qué?

—Ignoro si encontraré algún lugar decente para aterrizar.

—Tiene que encontrarlo, señor Lacroix —respondió escuetamente Werner volviendo a su butaca.

Aquel misterioso individuo le había indicado un lugar al norte de la isla, mucho más cerca de Bahía Honda que de Puerto Príncipe. Pero a Pierre le daba igual. Lo único que quería en aquel momento, era deshacerse del pasajero, cobrar los mil quinientos pavos y regresar a Belanga. Tenía prisa por ir a París.

Después de algunas vueltas, encontró un claro en la selva. No era precisamente un campo de *baseball*, pero sí suficiente para tomar tierra.

—¿Le parece bien ahí, señor Werner? Es lo más próximo que he podido encontrar al lugar que usted me ha indicado en el mapa.

Werner echó un vistazo por la ventanilla, consultó el mapa y asintió con la cabeza.

—Está bien, señor Lacroix. Puede tomar tierra.

La maniobra de aterrizaje resultó más difícil de lo que Pierre había previsto. Desde el aire, las cosas parecen de un modo pero una vez en tierra, son de otro muy distinto. Lo cierto es que el lugar que había escogido para aterrizar no era tan grande como parecía y a punto estuvo de cargarse un ala contra un grueso árbol de la almáciga.

—Muy bien, señor Lacroix —dijo Werner poniéndose de pie—. Es usted un excelente piloto.

—Gracias —gruñó Pierre abriendo la portezuela. De repente se había puesto de mal humor. No le gustaba la idea de haber estado a punto de quedarse sin avión.

Werner bajó a tierra mientras Pierre se quedó a bordo, junto a la portezuela, encendiendo un cigarrillo.

Había empezado a oscurecer por lo que la temperatura era bastante agradable. De vez en cuando se escuchaba el canto de algún pájaro exótico o el rumor de las olas al morir en un acantilado próximo.

De repente apareció un coche negro.

Era uno de esos viejos automóviles descapotables. Iban tres hombres en su interior contando al conductor, un fornido filipino con la cabeza rapada. El coche se detuvo a unos veinte metros del aparato y se apeó uno de aquellos individuos. Era un hombre elegante. Llevaba sombrero y tenía una pequeña cicatriz en la frente.

Era Santana.

Pierre le conocía de haberle visto un par de veces. Era un tipo con una gran personalidad, pero peligroso. Se decía de él que se dedicaba al tráfico de armas y a las trata de blancas.

Santana saludó a Lacroix llevándose un par de dedos al sombrero. Pierre le devolvió el saludo con una leve inclinación de cabeza. Luego, Werner apoyó el maletín en el coche y lo abrió. Pierre no se perdía detalle de lo que estaba ocurriendo.

Uno de aquellos individuos cogió la pequeña bolsa de plástico que le entregaba Werner y que contenía el polvo de color blanco; le hizo una pequeña hendidura utilizando la punta de una navaja, metió un dedo por la hendidura y lo volvió a sacar impregnado de aquel polvo. Se llevó el dedo a la boca y probó el polvo con la punta de la lengua. Miró a Santana y asintió con la cabeza.

El mismo hombre contó después las bolsas que contenía el portafolios que llevaba Werner. Siete en total. Volvió a asentir con la cabeza. Santana, sonrió y estrechó la mano a Werner. Este también sonrió. La operación había sido satisfactoria.

Santana y Werner cuchichearon algo. Luego, Santana se aproximó a Pierre.

—Ha hecho usted un buen trabajo trayendo a Werner hasta aquí, señor Lacroix.

Pierre asintió con la cabeza.

—¿Quién me paga? —preguntó.

Santana echó mano a uno de los bolsillos interiores de su impecable americana y sacó un sobre amarillento. Se lo entregó a Pierre diciendo:

—Puede contarlo si no se fía de mí, señor Lacroix.

Pierre se guardó el sobre en el bolsillo trasero del pantalón.

—Me fío, señor Santana.

—Es usted muy amable.

—Y ahora, me largo.

—¡Espere!

—¿Qué quiere ahora?

—Hablar de negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—¿Le gustaría ganar esa misma cantidad tres veces por semana?

—¿Y qué tendría que hacer?

—Lo que ha hecho hoy.

—Mire, Santana, mi socio y yo estamos al borde del colapso y el dinero que usted me ofrece podría ayudarnos bastante. Sin embargo, ¿de qué nos serviría en la cárcel?

—No le comprendo.

—¿Me toma por tonto? En ese portafolios había droga.

—Bueno ¿y qué?

—¿Y qué? Si la policía nos echara el guante… No, señor Santana, he estado una vez en la cárcel y no quiero volver allí. No hay trato.

—Piénselo bien, señor Lacroix —respondió Santana—. No hay tanto peligro como usted imagina. Werner es un respetable abogado de Manila. Nadie, absolutamente nadie, sospecha de él. Es un honorable caballero que tres veces por semana tiene que desplazarse a Puerto Príncipe para hablar de negocios. Todo inmaculado ¿no le parece?

—Menos el contenido de ese portafolios.

—Documentos, simples documentos. Es natural que un hombre que va a hablar de negocios lleve documentos en un portafolios, ¿no?

—Yo lo encuentro muy natural. La policía, no lo sé.

—¿Cree usted que la policía interviene todos los portafolios que hay

en la ciudad? ¡Dios mío, se volverían locos!

—Sigue sin gustarme, Santana.

—Piénselo detenidamente. Espero su respuesta. Adiós, señor Lacroix. ¡Ah! Y no tarde demasiado en darme esa respuesta. Por estas islas hay bastantes compañías privadas de aviación que harían gustosas el trabajo.

Pierre esperó para despegar hasta que el automóvil desapareció por un polvoriento camino que se perdía en la selva. Una vez más estuvo a punto de cargarse una de las alas.

Por la noche y mientras cenaba en compañía de su socio, hablaron del asunto.

—Has hecho bien en negarte, Pierre —le dijo Alan—, Ese Santana es un tipo muy peligroso.

—Pero supón que no existiese la posibilidad de arrancarle algún dinero a mí tío Gaston, Alan.

—Ni aún así valdría la pena, muchacho. Los negocios con fulanos como Santana siempre acaban produciéndole a uno quebraderos de cabeza y ya tenemos bastantes. Por cierto, ¿estás seguro de que tu tío Gaston va a prestarte ese dinero?

—¿Crees que me molestaría en ir a París si no fuera así?

—¿Y cuánto piensas pedirle?

—Veinticinco mil.

—¿Francos?

—¡Dólares!

—Pero supón que tu tío se niega a prestarte ese dinero, socio.

—Tendríamos que cerrar el negocio… o aceptar la proposición de Santana.

—¡Eso ni hablar! Antes prefiero dedicarme a amaestrar gallos de pelea.

Aquella noche, después de que Pierre se hubo marchado a Manila para enlazar con un vuelo hasta París, Alan y Flor fueron a bañarse a la solitaria playa y luego hicieron el amor sobre la cálida arena.

CAPÍTULO III

DURANTE los días que siguieron a la marcha de Pierre, las cosas no cambiaron para la Zodiac Air.

Alan estaba desesperado. Las deudas se iban amontonando sobre la mesa de despacho. Ya no les quedaba dinero ni para el combustible de sus dos viejos aparatos. Por otro lado, Pierre no se había dignado escribir una sola carta, así que Alan no sabía cómo iban las cosas por París.

Aquel día amaneció con un sol espléndido, pero a media tarde descargó un fuerte aguacero. El bar de Gopal se hallaba repleto de gente. Alan estuvo en la pelea de gallos y luego en la timba, aunque no pudo apostar ni un miserable dólar en ninguno de los dos sitios puesto que sus bolsillos estaban en bancarrota.

Todo aquel cúmulo de circunstancias adversas le pusieron de muy mal humor, hasta el punto de coger una impresionante borrachera. Flor se empeñó en que se acostase, pero Alan no le hizo ningún caso y siguió bebiendo en aquella mesa que Gopal les tenía reservada a él y a su socio.

De repente, le pareció ver que los pilotos de McKena que se encontraban en el bar, se estaban burlando de él. Alan se dirigió hacia ellos como un búfalo y ni la rápida intervención de Gopal pudo impedir que se llevara a un par por delante.

A continuación se armó una trifulca impresionante.

Uno de los pilotos de McKena, un tipo robusto y con cara de pocos amigos, sacó a pasear su musculoso brazo tatuado y alcanzó de pleno el estómago de Alan. Este dejó escapar un patético alarido y cayó al suelo hecho un ovillo, pero se recuperó muy pronto y, con los ojos en blanco, agarró una mesa y la lanzó contra el que le había golpeado. Este se

agachó a tiempo y la mesa fue a estrellarse contra los cristales de la ventana.

Gopal les pidió a los pilotos de McKena que abandonasen el local. El tipo con cara de mala uva amenazó a Alan antes de largarse con sus amigos. Gilmore dejó escapar un gruñido e hizo intención de abalanzarse contra él. Gopal se lo impidió agarrándole por ambos brazos.

—¡Basta ya, Alan! ¡Me estás destrozando el bar!

Alan se dejó caer en una silla y murmuró palpándose el estómago:

—Lo siento, Gopal. Pero esos tipos se estaban burlando de mí.

—Vamos a ver, muchacho, ¿qué te pasa?

—¿Es que no lo sabes?

—Necesitas pasta, ¿eh? Yo puedo dejártela, maldita sea. ¡Pero no quiero volver a verte en este estado! ¿Cuánto quieres?

Alan se puso de pie.

—Nada.

—¡Tú y tu maldito orgullo!

—El día que lo pierda me tiraré de cabeza a un pozo, Gopal. Buenas noches.

—¿Adónde vas?

—A mi guarida. Necesito dormir un poco.

Cruzó la encharcada calle sin asfaltar. Desde el bar de Gopal hasta las oficinas de la Zodiac Air había diez minutos andando. La noche, después del diluvio que había caído, había refrescado un poco.

Alan se detuvo un momento para encender un cigarrillo y entonces oyó un ruido a sus espaldas. Se volitó rápidamente y más allá de la llama de su encendedor vio los crispados rostros de los tres pilotos de McKena, con los que acababa de pelearse en el bar.

De repente y debido quizá a la oscuridad reinante, no vio aquel pie que, antes de golpearle en los testículos, hizo un extraño giro en el aire.

Alan tuvo la impresión de que le habían pegado un tiro. Cayó de rodillas, con ambas manos sobre la parte dolorida y antes de reponerse lo suficiente para darse cuenta de que aún seguía vivo, recibió otra patada, esta vez en la cara, que le tiró hacia atrás como a un pelele.

Su rostro se hundió en el fango y luego alguien le pisoteó la espalda y le pateó repetidas veces en un costado. Alan sintió que iba a desmayarse. Es más, lo estaba deseando. No podía soportar aquel dolor que le nublaba la mente y que le producía arcadas.

Oyó que los tres tipos se alejaban riendo y les maldijo con toda su alma. Pero eso de poco le servía.

Apoyó ambas manos en el suelo e intentó ponerse de pie. Al principio no le fue nada fácil. Le dolía todo el cuerpo. Pero finalmente consiguió sus propósitos y echó a andar, tambaleándose, en dirección a su oficina.

Al entrar allí, metió la cabeza bajo el grifo de la cocina y cuando le pareció que se sentía un poco mejor, cerró el paso del agua y se tumbó en su camastro.

Nunca se había sentido tan desgraciado.

Y con aquel turbio pensamiento en su ofuscado cerebro, se quedó dormido.

* * *

«Déjame soñar», era una hermosa canción que en labios de Pierre Lacroix sonaba bastante mal, pero en aquel momento, a Alan le pareció música interpretada por los propios ángeles.

¿O estaba soñando?

La musiquilla sonaba a lo lejos y durante un instante, Alan tuvo que esforzarse en averiguar si el sonido era real o formaba parte de la confusión que había en su cabeza después de una borrachera y de una buena paliza.

Por fin, y con gran alegría por su parte, pudo averiguar que todo era real, que se encontraba despierto, que la musiquilla que sonaba a lo lejos no formaba parte de un sueño.

Era simplemente que su socio había llegado.

Alan se levantó pesadamente del catre. Tenía todo el cuerpo dolorido. Era como si le hubiese pisoteado una manada de búfalos.

El sol le dañó en los ojos. Colocó una mano en forma de visera y entonces lo vio. Pierre, con una pequeña maleta en la mano, se acercaba lentamente sin dejar de silbar. Aquello era buena señal, pensó Alan. Si su socio llegaba silbando es que las cosas habían ido bien.

Pierre levantó un brazo para saludar a Alan. Este le correspondió con el mismo gesto.

—¿Qué tal, socio? —gritó el francés.

Alan asintió con la cabeza.

Cuando instantes después, Pierre vio el magullado rostro de su

amigo, la sonrisa desapareció de sus labios dejando paso a un rictus de preocupación.

—¿Qué diablos ha ocurrido, Alan?

—Anoche tuve un pequeño cambio de impresiones con los pilotos de McKena. Luego te lo contaré. ¿Y tú qué noticias traes?

La sonrisa volvió a aparecer en los labios de Pierre. Le dio un codazo a su socio y se metió en las oficinas. Dejó la maleta sobre la mesa de despacho y se sentó en uno de los catres.

Alan le miraba expectante, esperando una respuesta. Pierre sacó una cajetilla de tabaco y se la mostró a su amigo.

—Gitanes. ¿Quieres uno?

—No. Vamos, Pierre. Habla de una vez. ¿Qué ha ocurrido en París?

Pierre se echó hacia atrás y apoyó las manos en el catre.

—Hemos tenido mala suerte, socio —dijo.

Alan sintió un vacío en el estómago.

—¿Qué ha pasado?

—Mi tío Gaston murió hace cuatro meses y sus herederos no quieren saber nada de Pierre Lacroix.

—¿Y no te ha dejado nada en su testamento?

—Ni un franco.

—¿Pero no me has dicho siempre que eras su sobrino preferido?

—Eso es lo que yo creía, Alan —gruñó Pierre—, Al parecer estaba equivocado.

Alan dejó escapar un bufido.

—Así que estamos como al principio, ¿eh?

—Más o menos.

—Y supongo que te habrás gastado los mil quinientos pavos…

—Exactamente mil setecientos. ¡No sabes lo cara que está la vida en Europa, socio!

—¿Y de dónde has sacado los doscientos restantes?

—quiso saber Alan.

—De Lisa. Ella me los ha prestado.

—¿Lisa? ¿Quién es Lisa? Es la primera vez que te oigo pronunciar ese nombre.

—Lisa es mi mujer —respondió muy serio Pierre.

—Tu… ¿qué? —preguntó Alan, creyendo haber oído mal.

De repente, Pierre soltó una carcajada que retumbó en la oficina como un cañonazo.

—¡Me he casado, socio! ¡Me he casado con la mujer más hermosa del mundo!

Por un momento, Alan pensó que su amigo le estaba tomando el pelo. Aquel maldito francés era muy aficionado a gastar aquel tipo de bromas.

—No me mires de ese modo, socio —dijo Pierre poniéndose de pie y sin perder la sonrisa—. Ya tengo edad para casarme, ¿no?

—Pero ¿es que estás hablando en serio? ¿De verdad te has casado?

—¡Claro que sí! ¿No me crees? ¡Pues mira esto!

—Pierre le entregó algunas fotografías que había sacado de su cartera. En ellas estaba junto a una preciosa muchacha rubia vestida de novia. Pierre llevaba un traje oscuro, muy elegante, y una flor en el ojal. Unos invitados les tiraban arroz, les gastaban bromas. Pierre y la novia se estaban besando…

Alan no quiso seguir mirando.

Le devolvió la fotografía a su amigo.

—¿Es que no vas a felicitarme, socio? —preguntó Pierre.

—Felicidades.

—No parece que te haya alegrado mucho la noticia de mi boda, Alan.

—Me parece una locura.

—¿Por qué?

—Tú aquí y ella sola en París… ¿Qué clase de matrimonio es ése, Pierre?

—Lisa se vendrá a vivir con nosotros.

—¿Qué?

—Llegará dentro de una semana. Si no ha venido conmigo es porque tenía que hacer algunas cosas en París.

Alan se pasó nerviosamente una mano por los cabellos. Dio unos pasos y luego se volvió.

—¡Debes haberte vuelto loco, Pierre! —exclamó de repente.

—¿A qué viene eso?

—¿Y lo preguntas? ¿Dónde vamos a meterla? ¿Eh? ¡Mira a tu alrededor, muchacho! ¿Qué ves? ¡Dime qué ves, Pierre! ¿Crees que una mujer puede vivir aquí?

—He pensado alquilar un pequeño apartamento para ella y para mí, Alan.

—Estupendo. ¿Y de dónde piensas sacar el dinero para pagarlo? ¿O

acaso has olvidado nuestra situación?

—No, no la he olvidado. Pero en primer lugar, ella tiene algunos ahorros que de momento, nos servirán para ir tirando y en segundo lugar, voy a aceptar ese trabajo que me ofreció Santana.

—¿Estás hablando en serio, Pierre?

—Por completo, Alan. Tenemos que ser realistas. Santana nos ofrece mil quinientos dólares por viaje tres veces por semana, es decir…

—¡Sé contar! ¡Pero olvídate de mí, muchacho!

—Alan…

—¡Al diablo! ¡No quiero saber nada con tipos como Santana! ¡Y tú deberías hacer lo mismo!

—Necesitamos dinero, Alan.

—Pero no a ese precio.

—Trabajaremos para él durante algún tiempo. Luego lo dejaremos.

—Cuando se trabaja para hombres como Santana no se puede uno librar fácilmente, Pierre. Y tú deberías saberlo. O se está con ellos o contra ellos.

Pierre permaneció pensativo durante un rato. Aquélla era la primera vez que él y Alan discutían seriamente por algo. Hasta entonces, siempre habían estado de acuerdo en todo.

—Alan — dijo el francés finalmente—, es posible que tengas razón en lo que dices. No lo dudo. Pero ahora tengo una familia y por lo tanto una responsabilidad. Ya no se trata únicamente de la Zodiac Air, sino de Lisa, mi mujer. Quiero lo mejor para ella, así que, sintiéndolo mucho, no me queda otro remedio que aceptar ese trabajo.

—Haz lo que te dé la gana, pero no cuentes conmigo.

—De todos modos seguiremos siendo socios, ¿no es cierto?

—Tendré que pensarlo.

—¡Alan! ¿Estás hablando en serio? ¿Piensas dejarme?

—Depende de cómo vayan las cosas, Pierre. No quiero verme envuelto en los manejos de Santana.

Alan abandonó la oficina dando un portazo. Pierre, después de una leve indecisión cogió el teléfono, se sentó en el catre y marcó el número del individuo que podía ponerle en contacto con Santana.

* * *

Al anochecer, una lancha recogió a Pierre en la playa y lo condujo a bordo de un yate propiedad de Santana. Se llamaba *El delfín* y le servía al gángster para recorrer las distintas islas donde tenía negocios. Era un precioso barco de once metros de eslora y reluciente como un espejo.

Santana le recibió en el lujoso salón. Estaba jugando al póquer con dos hermosas nativas. En una pequeña mesa cercana había bebidas.

—¿Quiere beber algo, Lacroix?

—Whisky con agua.

Santana le hizo un gesto a una de las chicas y ésta se levantó rápidamente para preparar lo que había pedido Pierre. El francés le echó un vistazo. Aquella criatura no tendría más de quince años, pero estaba tan desarrollada como una verdadera mujer. Tenía unos senos impresionantes. Uno de ellos casi le asomaba por la fina blusa de seda anudada a la altura del estómago. Sus muslos eran morenos y firmes. Aquel puerco de Santana sabía escoger.

La muchacha, con una amable sonrisa en sus bien dibujados labios, le tendió el vaso a Pierre. Este lo cogió con una leve inclinación de cabeza. Luego, Santana ordenó a las dos mujeres que les dejasen solos. El francés tomó asiento frente al traficante.

—Me alegro de que haya cambiado de opinión, Pierre —dijo Santana, echándose hacia atrás—. Trabajando para mí puede ganar mucho dinero y salvar a la Zodiac Air. ¿Sabe una cosa? McKena no me cae nada bien y mucho menos su socio, ese hijo de perra de Friedman. Me gustaría que usted y su socio les aplastasen.

—¿Cuáles son sus planes, Santana?

—Los irá conociendo poco a poco. De momento, llevará tres veces por semana a Werner al mismo lugar del otro día.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Casi me cargo el aparato. No hay espacio suficiente para aterrizar. Habría que buscar algo mejor.

—¿Qué sugiere?

—Cerca de aquel lugar hay una pequeña isla llamada Talong.

—La conozco.

—¿Y qué le parece?

—No está mal. Aunque tengo entendido que hay muchas serpientes venenosas.

—Es cierto. Por ese motivo apenas va nadie por allí. Lo único que hay que hacer es tener cuidado de que no le muerdan a uno…

—De acuerdo, Lacroix. Nuestro punto de reunión será a partir de ahora la isla de Talong.

—¿Qué días tengo que llevar allí a Werner?

—El se pondrá en contacto con usted.

—Bien. Y ahora otra cosa, Santana. Necesito un anticipo.

—¿Cuánto?

—Tres mil.

Santana asintió con la cabeza y se dirigió a una caja de caudales oculta detrás de un cuadro. La abrió y le entregó el dinero a Pierre. Este se lo guardó en un bolsillo del pantalón y se puso de pie. Santana le acompañó hasta la puerta del salón.

—Lacroix…

—¿Sí?

—¿Conoce Borneo?

—He estado un par de veces. ¿Por qué?

—Es posible que tenga que ir allí algún día.

—En ese caso tendré que aumentarle la tarifa, Santana.

El gángster sonrió.

—Ya había pensado en ello. Le pagaría el doble…

—¿Tres mil?

—Exacto. ¿Qué le parece?

—Un sueño.

—Buenas noches, Lacroix.

* * *

Pierre se lo contó todo a su socio. Alan le escuchó en silencio.

—Sigue sin gustarme —dijo éste.

—Alan, por Dios. Baja de tu nube. Sé perfectamente que Santana es un hijo de perra. Todo el que trafica con droga lo es. Pero imagínate. Sólo necesitamos trabajar un año para él. Sólo un año y ganaremos el dinero suficiente para salvar nuestra decrépita compañía.

—Eso si no vamos a parar a la cárcel.

—¿Significan tus palabras que vamos a trabajar juntos?

—Todavía no lo tengo decidido, Pierre. Amo demasiado la libertad y no podría soportar verme entre rejas.

—Pues yo ya me he comprometido —el francés sacó el dinero que le había dado Santana y lo arrojó sobre la mesa de despacho—. Tres mil dólares. Con esto tenemos para liquidar algunas deudas.

—¡Eres un insensato, Pierre!

—Soy práctico. Y ahora no sólo he de pensar en la Zodiac, sino también en Lisa.

—Hablando de tu mujer. He recibido un telegrama.

—¿De ella?

—Sí… —Alan se lo entregó—. Lo he abierto pensando que se trataba de algo relacionado con nuestro negocio.

«Llegaré el día 3. Vuelo 714. Te quiere. Lisa.»

—¿El día tres? —Pierre echó un vistazo al calendario—, ¡Eso es pasado mañana!

—Sí.

—¡Me muero de ganas de verla, Alan! Ya verás. Es la criatura más deliciosa que hayas conocido nunca. ¡Dios mío! ¡Sólo dispongo de un par de días para encontrar un apartamento! Oye, he decidido que te vengas a vivir con nosotros.

—Ni hablar. Me quedo aquí. Entre las ruinas.

—¡Pronto volveremos a levantar nuestro negocio, Alan!

Pierre Lacroix ignoraba, no obstante, que los días más duros y difíciles aún estaban por llegar.

Y sería mucho antes de lo que él imaginaba.

CAPÍTULO IV

WERNER llamó a las ocho y media de la mañana. Le dijo a Pierre que lo necesitaba para las once.

—De acuerdo… —respondió el francés. Y colgó.

Alan observó que su amigo tenía un gesto de contrariedad en el rostro.

—¿Qué pasa?

—Werner me necesita a las once.

—Bueno, ya podías imaginarte algo parecido, ¿no?

—¡Pero es que hoy llega Lisa!

—Es cierto. Lo había olvidado. ¿A qué hora?

—A las dos y media. No me dará tiempo de ir a recogerla.

—Iré yo.

Pierre sonrió.

—Buen chico. ¿La reconocerás?

—Claro. La más guapa de todas las pasajeras del vuelo 714.

—Exacto —volvió a sonreír Pierre—, Esta noche daremos una pequeña fiesta en el bar de Gopal. Hay que celebrar la llegada de la señora Lacroix.

Pierre llegó al aeropuerto de Manila diez minutos antes del aterrizaje del avión de la Air France que traía a Lisa y en efecto, la reconoció nada más verla.

Era mucho más hermosa que en las fotos. Llevaba un conjunto veraniego muy moderno y adecuado para aquellos parajes. Era una mujer exquisitamente distinguida. Alan hubo de reconocer que su amigo era un hombre con suerte.

Después de recoger su equipaje, Lisa apareció en el vestíbulo y buscó

con la mirada a su marido. Alan se acercó a ella,

—¿Lisa?

Ella le miró sorprendida.

—Sí, soy yo —su, acento era marcadamente francés.

—Me llamo Alan.

—¡Alan! ¿El socio de mi marido?

Él sonrió.

—El mismo.

Ella le tendió la mano.

—Encantada de conocerte, Alan. Pierre no ha hecho otra cosa que hablarme de ti.

—¿Bien o mal?

—¡Oh, muy bien! Te quiere como a un hermano. Pero, ¿dónde está él?

—Ha tenido que hacer un servicio y me ha pedido que viniera a buscarte. ¿Vamos?

Alan cogió las maletas de la muchacha y se dirigieron en busca de un taxi. Le dijo al conductor que les llevara al puerto.

—Hay un barco que sale para Belanga dentro de una hora —le aclaró a la mujer—. El viaje es muy agradable, aunque la verdad es que el barco no vale gran cosa. Afortunadamente el trayecto sólo dura un par de horas.

Se sentaron en un bar próximo al puerto.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó él.

—No, gracias. Lo hice en el avión —ella miró a su alrededor—. Esto es muy bonito, Alan.

—Sí, Manila es una ciudad preciosa. Lástima que no tengamos demasiado tiempo para visitarla. Pero podrás hacerlo algún día con Pierre.

Ella sacó del bolso una cajetilla de Gitanes. Le ofreció un cigarrillo a Alan.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó de pronto Lisa.

—No muy bien. Pero espero que se arreglen pronto.

—Yo también lo espero.

—¿Te ha advertido Pierre de lo mucho que vas a aburrirte en Belanga?

—Más o menos… —sonrió ella—, Pero ya vengo preparada.

—¿Sí?

—Sí. Soy escritora, ¿sabes? Y espero disponer de mucho tiempo para escribir y cuando lo hago jamás me aburro.

—Comprendo. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Dónde os conocisteis Pierre y tú?

—¿No te lo ha contado?

—No.

—Pues nos conocimos en una fiesta, hace tres años.

—¿Tres años? Pensaba que os habíais conocido durante el último viaje de Pierre a París.

—Ese fue nuestro reencuentro, Alan. Yo estaba sola, Pierre también… me pidió que me casara con él y acepté.

—¿Así de repente?

Alan asintió silenciosamente con la cabeza.

Para él, las cosas hechas con tanta precipitación raras veces solían salir bien.

Pero como es lógico no hizo ningún comentario al respecto ni tampoco le dijo a Lisa que su marido se había metido en un sucio negocio de drogas.

Aquella noche celebraron una gran fiesta en el bar de Gopal. Hubo abundante comida y bebida, y también baile. Lisa demostró la suficiente inteligencia para estar a la altura de las circunstancias y bailó y se divirtió como los demás. Daba la impresión que llevaba viviendo en la isla toda la vida, que todos eran sus amigos y ella la amiga de todos. Aquel vestido que llevaba resaltaba poderosamente sus encantos femeninos, sabía bailar y conversar y nunca dejaba de sonreír.

Era una mujer perfecta.

Gopal se sentó junto a Alan. Este sostenía una copa en la mano y miraba hacia Pierre y Lisa, muy abrazados, mejilla contra mejilla. El la besaba de vez en cuando y ella le acariciaba. Con sensualidad.

—Alan…

El aludido volvió la cabeza.

—Es una mujer muy hermosa, ¿verdad? —preguntó Gopal.

—Mucho.

—Ese granuja de Pierre ha tenido suerte. No existen muchas mujeres como Lisa.

—No, es cierto.

—Y al parecer, están muy enamorados.

—Sí.

—Pues no lo estropees, Alan.

—¿De qué diablos estás hablando?

—He vivido mucho, ¿sabes? Y sé leer en los ojos de los hombres. A través de ellos, soy capaz de adivinar sus pensamientos. Y los tuyos no me gustan, Alan.

—¿Te has vuelto loco?

—Nada de eso. Tus ojos me indican que deseas a esa mujer. Que la deseas hasta el punto de no importarte que sea la mujer de tu socio.

Alan lanzó una dura mirada a Gopal.

Pero no dijo nada.

En realidad, aquel maldito filipino, aquel pozo de sabiduría, tenía razón.

Pierre, Lisa y Alan, abandonaron el bar de Gopal cuando empezaba a amanecer. Iban los tres cogidos del brazo, saltando y cantando canciones francesas e inglesas.

Llegaron por fin ante un pequeño edificio encalado, próximo a la playa y rodeado de cocoteros. Era el lugar donde Pierre había alquilado el apartamento para vivir con Lisa.

—Arriba tengo un par de botellas de whisky, socio.

—No, gracias. Me voy a dormir. Tengo sueño.

Lisa le besó en la mejilla.

—Eres un chico estupendo, Alan. Buenas noches.

Les vio alejarse, abrazados y más tarde vio sus siluetas en la ventana del apartamento.

Y luego, la luz se apagó…

* * *

Pasaron los días y Alan tomó una decisión. Se la comunicó a Pierre aquella misma mañana cuando su socio se disponía a efectuar uno de los viajes por cuenta de Santana.

—Me largo, Pierre…

—¿Qué?

—Te dejo. Deshacemos la sociedad.

—¿Es que te has vuelto loco? ¡Ahora que las cosas empiezan a ir bien vas a dejarme plantado! Además, ¿por qué diablos se te ha ocurrido semejante estupidez?

—Por la misma razón de siempre, Pierre: Santana. Tengo un presentimiento. Un mal presentimiento.

—¡Tú y tus malditos presentimientos! —exclamó Pierre—. Hasta ahora todo ha ido perfectamente, ¿no es cierto? Hemos ganado más dinero en estas dos últimas semanas que en los dos últimos años. De seguir así, muy pronto podremos cambiar uno de los aparatos. ¿De qué diablos te quejas?

—Cada vez estamos más en las garras de ese gangster. Pierre, piensa en Lisa. Tu mujer no merece esto, no merece que la policía lo descubra todo y…

—¡Basta! —gritó Pierre—, Hablas como un predicador. ¿Crees que no he pensado en ello? Pues te equivocas. He pensado muchas veces. Pero empiezo a estar harto de pasar estrecheces y quiero que ella tenga lo mejor. Alan, tengo mis planes trazados. Trabajaré un año más para Santana y luego, lo dejaré.

—Santana no te lo permitirá.

—Eso lo veremos.

La puerta se abrió en aquel momento y entró Lisa. Llevaba un precioso e insinuante conjunto playero. Se había recogido el cabello en un gracioso moño. Le dio un beso a su marido.

—Me ha parecido oír voces —dijo—, ¿Os estabais peleando?

—Mi socio es un maldito testarudo —rió Pierre, cogiendo a su mujer por la cintura—. Menos mal que le conozco y no le hago mucho caso.

—¿De qué hablabais?

—No tiene importancia, Lisa —respondió Alan—. Pierre tiene razón. A veces soy un poco testarudo.

—Bueno, tengo que marcharme —dijo Pierre—. Estaré de regreso alrededor de las seis. Cuida de ella, Alan.

—Aguarda un momento aquí —le dijo Alan a Lisa. Y salió tras los pasos de su socio.

Alcanzándolo, le dijo:

—Mi decisión es en firme, Pierre —dijo Alan, mientras caminaban hacia el avión.

—Volveremos a hablar de ello a mí regreso, ¿de acuerdo?

—Piensa bien en lo que te he dicho. Santana es un reptil, Pierre.

—Un reptil que destila dinero.

Werner llegó en aquel momento en un taxi. Como siempre, llevaba consigo aquel maldito portafolios cargado de dinero. Alan regresó junto

a Lisa y ambos contemplaron cómo despegaba el avión.

—¿Quién es ese hombre, Alan? —preguntó ella, siguiendo con la mirada las evoluciones del aparato que pilotaba su marido.

—¿Por qué?

—No me gusta.

Alan se rio para sus adentros. «Una chica inteligente», pensó.

—¿Quieres que vayamos a tomar un baño? —le preguntó a Lisa intentando desviar la conversación.

—Me parece una excelente idea.

Luego, le dolió haberle hecho aquella invitación.

Era un verdadero suplicio para él contemplarla con aquel diminuto y ceñido bikini. Lisa estaba tumbada a su lado, sobre una amplia toalla blanca. Tenía los ojos cerrados y las manos en la nuca. Las piernas, aquellas hermosas piernas, ligeramente dobladas; su vientre se movía al compás de la respiración…

Naturalmente, Alan no le había confesado a su amigo que otra de las razones por la que quería abandonarle era a causa de Lisa. Se había enamorado perdidamente de ella, la deseaba como jamás había deseado a ninguna mujer.

Alan se levantó y se zambulló en el agua. Había dado algunas brazadas cuando escuchó un chapoteo cerca de él. Al volverse vio a Lisa nadando en su dirección.

—¡El agua está deliciosa! —exclamó ella.

—Es cierto.

Sus cuerpos se rozaron. Alan sintió un escalofrío. Lisa se puso boca arriba, tan cerca de él, que con un ligero movimiento de sus brazos, habría podido abrazarla. Alan se alejó hacia el acantilado y se encaramó a una roca. Ella le siguió al cabo de un instante y jadeando por el esfuerzo, se dejó caer a su lado. Alan observó aquella gota de agua que, lentamente, en zigzag, se introdujo entre los senos de Lisa. Sintió un vacío en el estómago.

—Alan… —dijo ella de pronto.

—¿Qué?

—¿Tienes novia?

—No.

—Pero saldrás con alguna chica.

—Sí…

—¿Es guapa?

—Ya la conoces. Se trata de Flor.

—¡Ah, sí! Esa chica del bar de Gopal. Es muy guapa. ¿Te acuestas con ella?

La pregunta cogió por sorpresa a Alan. Pero respondió con la misma sinceridad.

—Sí, algunas veces.

—¿Y te conformas con eso?

—¿Qué quieres decir?

—¿No preferirías estar casado?

—Posiblemente lo haría si encontrase una mujer como tú. Pero en estas islas es difícil.

Ella le miró con una sonrisa.

Alan se volvió a zambullir en el agua. No quería que Lisa adivinase sus pensamientos. No deseaba en absoluto que descubriese que estaba perdidamente enamorado de ella.

Pero Lisa ya lo había descubierto hacía varios días.

* * *

Después de dejar a Lisa en su apartamento, Alan regresó a la oficina de la Zodiac Air y se encontró con una sorpresa. McKena y Friedman le estaban esperando.

—¿Qué quieren? —les preguntó Alan encendiendo un cigarrillo.

—He venido para hacerles una última oferta, Alan

—dijo McKena con su potente voz.

—No hay trato. Creo que la última vez que me visitó su socio ya quedó todo muy claro.

—Es cierto —dijo Friedman—, pero desde entonces han cambiado mucho las cosas.

—¿En qué sentido? —preguntó Alan, sacando una cerveza del viejo refrigerador.

—Sabemos que trabajan para Santana —dijo McKena.

—¿Y si así fuera?

—A la policía le gustaría saber eso —rió Friedman.

—Sí, Alan —añadió McKena—. A la policía le gustaría saber que están metidos en asunto de drogas.

—Eso suena a amenaza.

—Tómelo como quiera —gruñó Friedman—, Pero si la policía llegase a enterarse del asunto, lo iban a pasar mal. Y me han asegurado

que las cárceles de Filipinas son muy malas.

—¿Y cuál es el trato? —preguntó Alan dejando la botella de cerveza sobre la mesa de despacho.

—Veinticinco mil dólares por la Zodiac Air incluidos los dos aparatos —dijo McKena—. ¿Qué le parece?

—¿Y si no aceptamos?

—Entonces, es posible que «alguien» le diga a la policía la clase de trato que tienen con Santana —replicó Friedman.

Por un momento, pareció que Alan estaba pensando en una respuesta pero, de repente, su brazo derecho salió disparado como un relámpago y alcanzó de pleno la barbilla del alemán. Friedman salió despedido hacia atrás, chocó contra la pared y cayó de bruces sobre uno de los catres.

Luego, Alan se encaró a McKena. Sus ojos despedían fuego.

—Escuche, gordinflón. No nos gustan las amenazas, ¿está claro? ¡Y ahora, coja a su amigo nazi y largo de aquí!

—Ha cometido un error, señor Gilmore —masculló McKena—. Un grave error.

—¡Fuera!

McKena agarró a su socio por los sobacos y lo sacó a rastras de la oficina.

Una vez a solas, Alan dejó escapar una maldición. Las cosas empezaban a complicarse.

Aquella noche cenó en el apartamento de su amigo y mientras Lisa se encontraba en la cocina preparando la cena, Alan le contó a Pierre lo que había sucedido.

—No se atreverán —dijo el francés.

—¿Estás seguro?

—Era sólo una baladronada, Alan. ¿Es que no te das cuenta? Pretenden extorsionarnos para que les vendamos la Zodiac Air.

—Ese Friedman es capaz de todo con tal de salirse con la suya, Pierre. No olvides eso.

—¿Y qué diablos quieres que hagamos?

—No lo sé. Ahora estamos hasta el cuello. Esto empieza a oler mal, Pierre.

Lisa apareció en aquel momento con un par de platos en las manos.

—¡A cenar! —exclamó.

—¿Sabéis una cosa? —preguntó Pierre mientras se sentaban a la

mesa—. Pasado mañana tengo un viaje a Borneo. Estaré fuera cuatro días.

Alan y Lisa intercambiaron una fugaz mirada.

CAPÍTULO V

—ATENCIÓN, «María Antonieta». Aquí «Luis XVI». ¿Me estás escuchando, «María Antonieta»? Corto.

—Te escucho, «Luis XVI». Corto.

—¿Cómo estás, encanto? Corto.

—Bien, Pierre. ¿Y tú? Corto.

—En estos momentos sobrevolando el mar de Mindoro. El agua está muy azul, como tus ojos. Corto.

—¿Piensas en mí? Corto.

—Claro que sí, cariño. ¿Está por ahí ese sinvergüenza de Alan? Corto.

—Sí, aquí estoy. ¿Qué tal tiempo hace? Corto.

—Bastante bueno. Sin embargo veo ciertas nubes por el noroeste que no me gustan nada. Corto.

—No creo que sea gran cosa. Ahora no es época de monzones. Corto.

—Espero que tengas razón. Volveré a llamar a las 9. Un beso muy fuerte para mi mujercita. ¡Cuídala mucho, Alan! Corto.

—¡Adiós, cariño!

Lisa colgó los auriculares y miró a Alan que estaba a su lado, fumando pensativamente. Detrás de él había una ventana por la que asomaban las copas de las palmeras iluminadas por un sol radiante.

—¿Por qué va siempre con el mismo hombre, Alan?

—¿Te refieres a Werner?

—Sí.

Alan forzó una sonrisa. No quería alarmar a la mujer de su socio.

—Porque de momento es el único cliente que tenemos.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿por qué acompaña siempre a Pierre? ¿Adónde

van? ¿Qué hacen?

—Werner tiene varios negocios en las islas y ahora va a Borneo para abrir nuevas sucursales —Alan esperaba ser lo suficiente convincente para que Lisa no sospechase nada—. Es un tipo a quien le gusta hacer las cosas deprisa y por eso nos alquila el avión, ¿comprendes?

Lisa miró a Alan durante un instante. A éste le dio la impresión que no se había creído nada de aquella historia. Sin embargo, no hizo ningún comentario.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —preguntó.

—Ya has oído a tu marido. Tengo que cuidar de ti… ¿adónde quieres ir?

—Todavía no conozco estas islas, Alan. ¿Por qué no me las enseñas?

—De acuerdo. Le pediré la motora a Gopal y recorréremos Dao, Bogo y Salado. Son las tres islas más próximas a Belanga. Almorzaremos en esta última. Hay un pescado exquisito. Y a las nueve estaremos de vuelta para atender la llamada de Pierre. ¿Qué te parece mi plan?

—Perfecto. ¡Vamos!

Gopal les acompañó hasta el pequeño embarcadero donde tenía anclada su motora. Alan ayudó a Lisa a subir a bordo. Cuando se disponía a hacerlo él, Gopal le sujetó por un brazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alan.

—Noemi se enteró anoche de algo. Uno de los pilotos de McKena le dijo que éste y Friedman están furiosos contigo y con Pierre y que se disponen a tomar medidas. Hiciste mal en golpear a Friedman. A los tipos como él hay que cortarles el cuello o ignorarles.

—Es posible que tengas razón, Gopal. Pero me puso furioso con sus amenazas.

—Id con cuidado. Esos tipos son de los que apuñalan por la espalda.

—Lo sé. Gracias por todo, Gopal.

—Otra cosa.

—¿Qué?

—Recuerda lo que te dije la otra noche, cuando celebramos la llegada de Lisa a la isla. No olvides que es la mujer de tu socio, Alan.

—Intento no olvidarlo.

Alan saltó a la motora y la puso en marcha. Era una embarcación que llevaba incorporado un potente fuera borda. La proa cortó el agua y, abriendo profundos surcos de espuma, brincando como un caballo sin domar, se alejó mar adentro camino de la isla de Dao.

* * *

—¡Para, Alan! ¡Para! —gritó Lisa.

Alan obedeció y la motora, lentamente, perdió velocidad hasta quedarse completamente quieta y a merced de las suaves olas.

—¿Qué ocurre, Lisa? —preguntó Alan—, ¿No te encuentras bien?

—Mira, ¿no es maravilloso?

A unos veinte metros de donde ellos se encontraban había un par de delfines jugueteando en el agua, saltando y persiguiéndose, desapareciendo bajo la superficie y volviendo a aparecer. De repente, parecieron darse cuenta de que eran observados y se alejaron velozmente.

Lisa levantó el rostro en dirección al sol y, con los ojos cerrados, aspiró la penetrante brisa marina.

—¡Qué silencio tan maravilloso, Alan! —exclamó.

El la contemplaba como a una diosa, casi con veneración. Su pulso se había disparado y sentía un vacío en la boca del estómago.

—Nunca me he bañado en alta mar —dijo ella, mirándole—. ¿Y tú?

—Sí, algunas veces cuando he ido a pescar con Gopal.

—Voy a hacerlo ahora —dijo Lisa haciendo intención de quitarse la blusa. Pero Alan la interrumpió.

—¿Llevas puesto el traje de baño?

—No, se me ha olvidado.

—Entonces, ¿piensas bañarte desnuda?

—Sí.

—Prefiero que no lo hagas, Lisa.

Ella le miró durante un instante y luego se echó a reír.

Alan apartó los ojos de ella. Tenía la sensación de haber hecho el ridículo, pero lo prefería a contemplar a Lisa desnuda sabiendo que era fruto prohibido para él.

—Podemos marcharnos cuando quieras, Alan —dijo Lisa.

Alan, de mala gana, volvió a poner en marcha la embarcación. Aquel pequeño incidente, no obstante, le tuvo de mal humor durante el resto del día. Ahora, Lisa ya sabía que él la deseaba. Era evidente que no le quedaba otro remedio que largarse de Belanga lo antes posible.

De regreso a la isla, se dirigieron directamente a las oficinas de la Zodiac Air y al entrar allí se encontraron con una desagradable sorpresa. Todo e. aba patas arriba y dos hombres de paisano estaban sentados en los catres. Los dos se pusieron inmediatamente de pie y uno de ellos le mostró una placa a Alan. Eran de la Brigada de Estupefacientes.

¡Así que aquellos puercos de McKena y Friedman se habían ido de la lengua!

Alan se volvió a la muchacha.

—Será mejor que te marches a casa. Lisa.

—Nada de eso —dijo uno de los policías.

—¿Qué es lo que pasa? — preguntó ella con un marcado tono de angustia.

Pero nadie respondió a su pregunta. El policía se encaró con Alan.

—¿Dónde está?

—¿De quién me habla?

—De su amigo, Pierre Lacroix.

—Va camino de Borneo.

—Con Werner, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Vamos, no se haga el tonto, señor Gilmore.

—Sí.

—¿Cuándo regresan?

—Dentro de tres días.

—Muy bien —dijo el policía—. Les esperaremos.

Lisa, cada vez más angustiada, puso las manos sobre los brazos de Alan. Su bello rostro estaba crispado.

—¿Por qué buscan a mí marido, Alan? ¿Qué ha hecho?

—Ya te lo contaré todo detenidamente, Lisa —la calmó él.

—Atención, «María Antonieta». Aquí «Luis XVI». Conteste, «María Antonieta». Corto.

Los dos policías miraron en dirección a la radio.

—¿Es su socio?

—Sí —asintió Alan.

—¿Qué pasa, «María Antonieta»? ¿Por qué no me contestas? Corto.

El policía sacó una pistola y apuntó a Alan.

—Respondan como si nada estuviera pasando, ¿de acuerdo?

Lisa se sentó frente al aparato de radio. El policía le hizo un gesto

con la pistola para que contestase.

—Aquí «María Antonieta». ¿Cómo estás, cariño? Corto.

—Bien, muy bien. Todo ha ido a la perfección, pero hace mucho calor. Demasiado. Corto.

—Aquí también hace calor, Pierre… Corto.

—¿Te ocurre algo, Lisa? Corto.

—No, cariño. ¿Por qué lo preguntas? Corto.

—Por tu voz me da la impresión de que estás preocupada por algo. No habrá intentado meterte mano ese granuja de Alan, ¿verdad? ¡Ja, ja, ja! Corto.

—Claro que no, Pierre. Alan es un caballero. Corto.

—¡No te fíes! Huye de él. ¡Ja, ja, ja! Corto.

El policía se acercó a Alan y le cuchicheó:

—Pregúntele dónde se encuentra.

—¿Dónde estás, Pierre? Corto.

—Hola, Alan. Estoy en una especie de poblado en Rajang, en plena selva. Werner ha ido a hablar con un tipo. Mañana partimos hacia Sibú o algo parecido. ¿Sabes? No es nada fácil tomar tierra en estos parajes. Corto.

—Ve con cuidado, cariño —dijo Lisa—, Corto.

—Lo tendré. Mañana por la mañana os volveré a llamar alrededor de las ocho. Corto.

—Buenas noches, Pierre —dijo Alan—, Corto.

La comunicación quedó cortada.

Entonces, el policía se guardó la pistola.

—Va a ser una noche muy larga —comentó.

* * *

Alan le contó a Lisa lo que estaba sucediendo. No cabía ninguna duda de que fue un doloroso descubrimiento para ella. Sin embargo, no soltó una sola lágrima. Se mostró tremendamente fuerte y realista a pesar de saber que su marido podía ir a la cárcel durante mucho tiempo.

—¿No podemos ayudarle de algún modo, Alan? —susurró ella.

Alan miró en dirección a los policías. Estaban algo alejados de ellos, leyendo unas revistas.

—Sí, algo tendremos que hacer. Espero que se me ocurra antes de que Pierre regrese.

Ni Alan ni Lisa pudieron pegar el ojo en toda la noche. Los policías hicieron un turno. Cada uno de ellos durmió durante cuatro horas.

Al amanecer, Alan preparó café en la cafetera que tenían en la oficina mientras su cerebro trabajaba a marchas forzadas intentando hallar una solución al problema.

A las ocho no hubo ninguna llamada de Pierre. Aquella circunstancia le extrañó mucho a Alan. Su socio solía ser siempre muy puntual en sus llamadas por radio. Era una vieja costumbre que había adquirido durante la guerra y que aún conservaba. No obstante no le dijo nada a Lisa. No quería alarmarla más de lo que ya estaba.

A las nueve seguí a sin recibirse la llamada de Pierre. Alan empezaba a estar realmente preocupado. Sólo había una explicación: que a su socio se le hubiese estropeado el aparato de radio. Se dio cuenta de que Lisa también había empezado a ponerse nerviosa. Los policías permanecían en silencio, fumando y mirándose de vez en cuando.

Finalmente, uno de ellos dijo:

—¿Por qué no llama?

—¿Y cómo quiere que lo sepa? —respondió Alan—, Lo más seguro es que se le haya estropeado la radio.

Dieron las once y media y Pierre seguía sin llamar.

Alan intentó entonces ponerse en contacto con su socio utilizando la frecuencia que tenían establecida.

—«As» llamando a «Rey». Responda, «Rey». «As» llamando a «Rey». Responda. Responda, «Rey». Aquí «As». ¿Me está escuchando? —Alan repitió la llamada durante una docena de veces sin resultado alguno.

Vio que Lisa le miraba angustiada. Alan apartó los ojos de ella y los fijó en los policías.

—Si dentro de una hora no hemos recibido ninguna llamada —les dijo— habrá que hacer algo.

—Naturalmente —respondió el policía—. Llamaré a jefatura y nos dirán lo que tenemos que hacer, señor Gilmore.

Pero transcurrió una hora y Pierre tampoco llamó. Entonces, el policía se dirigió al teléfono. Habló con un sargento. Finalmente, colgó y se volvió a los demás.

—Ya lo han oído. Las órdenes son que les conduzcamos a jefatura. Así que en marcha.

Alan se movió con rapidez. Era como si de pronto hubiera despertado de un letargo que había durado toda la noche. Se lanzó

sobre el policía que había estado hablando por teléfono y los dos rodaron por el suelo. El otro, sorprendido, intentó echar mano a su pistola pero Lisa fue silenciosamente por detrás y le golpeó en la cabeza con una silla. El tipo bizqueó y salió despedido hacia delante, chocó contra la mesa de despacho y cayó de costado. Pero al parecer tenía la cabeza bastante dura y ya empezaba a recuperarse cuando Lisa le golpeó otra vez con la misma silla. Al volverse, vio que Alan y el policía seguían luchando a brazo partido. Resoplaban como un par de búfalos. Aquél era un tipo duro y con bastantes agallas. Por fin, Alan pudo conectar su rodilla en los testículos del policía. Se oyó un grito. Un par de segundos después, Alan se ponía de pie. El policía estaba sin sentido, con la cara vuelta hacia un lado y los ojos muy abiertos.

—¿Lo has matado? —preguntó angustiada Lisa.

—No. Pero el golpe ha sido fuerte. Sólo ha perdido el sentido.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Largarnos de aquí cuanto antes. Tenemos que ir a ver a Gopal. Es el único que puede escondernos.

—¿Y si llama Pierre?

—Lisa, es mejor que lo sepas. Creo que tu marido ha sufrido algún accidente.

—No… —murmuró ella palideciendo.

Alan ató y amordazó a los dos policías. Luego cogió de una mano a la desconsolada Lisa y abandonaron corriendo las oficinas de la Zodiac Air donde probablemente, ya no podrían volver nunca más.

* * *

—Después de tantas horas sin recibir noticias suyas, yo también creo que Pierre ha sufrido algún accidente —asintió gravemente Gopal—, Si tuviera estropeada la radio del avión, hubiese intentado llamar desde algún poblado.

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Lisa.

—Sólo se me ocurre una cosa —respondió Alan—, Ir en su busca. Sí, creo que es lo único que podemos hacer, ¿no te parece, Gopal?

—Eso es exactamente lo que yo haría en tu lugar, Alan —dijo Gopal.

—Veamos —dijo Gilmore intentando hacer memoria—, Cuando llamó por última vez nos dijo que se encontraba en Rajang y que al día siguiente partían hacia Silbú o Siabú… o algo parecido…

—Sibú —dijo Gopal extendiendo un mapa sobre la mesa—. Mirad,

esto es Sibú. Está en plena selva. Por aquella zona hay mucho tráfico de droga. Los traficantes suelen reunirse en los poblados ocultos en la selva, lejos de todo control policial. Aquello es una especie de mercado de la droga.

—Comprendo —asintió Pierre—. ¿Y es difícil llegar hasta allí?

—No, si se conoce el terreno.

—Yo no he estado jamás en Borneo, Gopal —dijo Alan.

—Pero yo, sí. Muchas veces. En los viejos tiempos, cuando yo era una especie de Werner. En fin, para qué recordar aquello…

—¿Vendrás conmigo, Gopal? —preguntó Alan.

—Por supuesto.

—Muy bien. Entonces partiremos dentro de una hora. ¿Qué clase de provisiones vamos a necesitar?

—Yo me encargo de eso — respondió Gopal—, Tú ocúpate de tener el otro avión en condiciones.

—Iré a cambiarme de ropa —dijo Lisa—. No llevo la adecuada para un viaje así.

—No, Lisa —dijo Alan—, Tú no vas a ninguna parte.

Ella le miró con incredulidad.

—¿Supones acaso que voy a quedarme en mi casa mientras vosotros dos vais en busca de Pierre?

—Es lo más sensato —respondió Alan.

—¡Pierre es mi marido!

—Ya lo sé —dijo Alan—, pero no vamos a ninguna fiesta. Seguramente nos tendremos que adentrar en plena selva y en estos momentos ignoro lo que vamos a encontrar allí, Lisa.

—Si vosotros podéis ir, yo también —respondió ella con tristeza—. Alan, no creo que seas de esos estúpidos que están convencidos de la superioridad del varón sobre la hembra. Me decepcionarías.

Gopal se echó a reír.

—Creo que la chica tiene razón —dijo el filipino—. Además, Pierre es su marido. Está en su perfecto derecho a venir con nosotros.

—Pero… —objetó débilmente Alan.

—¡Nada de peros! —casi gritó la muchacha—. No me quedaría aquí por nada del mundo. Voy con vosotros. Está decidido.

—De acuerdo —asintió Alan, admirando el valor de la esposa de su amigo.

—Sólo queda una cosa que quisiera aclarar —dijo Gopal. Volvió los

ojos hacia el mapa e indicó un lugar en el mismo—. En este momento ignoramos si realmente Pierre ha sufrido un accidente. Puede haber caído enfermo y estar en cualquiera de los muchos poblados que se encuentran en la selva del territorio de Sibú, pero también puede haber ocurrido algo mucho más grave.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Alan.

—A que haya caído en poder de los *ibans.*

—¿Y quiénes son los *ibans*? —quiso saber con recelo Lisa.

—Cortadores de cabezas…

CAPÍTULO VI

ERA ya noche cerrada cuando tomaron tierra en el pequeño aeropuerto de Rajang, si en realidad se le podía llamar aeropuerto a una especie de campo de patatas sin cultivar.

Sintiendo un desagradable frío húmedo que calaba hasta los huesos, se dirigieron a través de la pista hasta lo que podría llamarse sala de control, aunque en realidad no era más que una oscura habitación con una emisora de radio de la II Guerra Mundial, un par de mesas, algunos papeles y un rechoncho nativo que atendía todo aquello con los ojos vencidos por el sueño.

Gopal le habló en una extraña jerga, pero aquel individuo sonrió con amabilidad.

—No se esfuerce, señor —le dijo—. Entiendo perfectamente su idioma.

—Estupendo — a continuación le mostró una fotografía de Pierre—. ¿Ha visto usted a este hombre en los últimos días?

Aquel tipo miró durante unos instantes la fotografía y luego negó con la cabeza.

—¿Sabe de alguien que nos pueda dar información?

—Quizá en el Palace.

—¿Es un hotel?

—El único que hay en este pueblo —sonrió el nativo—. Está a un par de millas de aquí.

Tuvieron que hacer el camino a pie, alumbrándose con una potente linterna.

Rajang era un poblado de no más que una docena de casas, unos pocos centros comerciales, un par de bares y el Rajang Palace,

curiosamente uno de los hoteles más lujosos que habían visto nunca, lo cual no tenía nada de extraño teniendo en cuenta de que aquél era el lugar de cita de poderosos traficantes de droga.

El recepcionista era un individuo desconfiado. Miraba por encima de sus pequeñas gafas y sus ojos se movían de un lado a otro con la velocidad de un rayo, como si temiese que alguien pudiera atacarle a traición en cualquier momento.

Después de ver la fotografía de Pierre se encogió de hombros y dijo escuetamente:

—No le he visto jamás.

—¿Está seguro? —preguntó Alan, que supuso que si su amigo había pasado la noche en aquella ciudad, lo lógico era que se hubiese hospedado en aquel hotel.

—Aquí jamás se está seguro de nada, señores —oyeron a sus espaldas.

Al volverse se encontraron con un hombre vestido con uniforme de oficial de policía. Era bastante gordo y le sudaban los sobacos.

—Su documentación —pidió el oficial extendiendo la mano.

Después de comprobar detenidamente los pasaportes los devolvió a sus dueños.

—¿Qué han venido a hacer a Rajang?

Alan se lo contó, omitiendo naturalmente el motivo del viaje de Pierre.

—Déjeme ver esa fotografía —pidió el policía.

Gopal se la mostró.

—Lo recuerdo —dijo finalmente—. Estuvo aquí hace un par o tres de días en compañía del señor Werner. Creo que se dirigían a Sibú, pero no estoy seguro. Por la tanto, si han sufrido un accidente, tiene que haber sido forzosamente entre Rajang y Sibú.

—Es lo que hemos pensado nosotros —dijo Gopal. Se volvió a sus amigos—. Esta noche ya no podemos hacer nada. Mañana partiremos temprano.

—Les aconsejo que no utilicen el avión —dijo el policía.

—¿Por qué no? —preguntó Alan.

—Se anuncian fuertes tormentas en las próximas horas. Viajar en avión sería demasiado peligroso. Les aconsejo que alquilen una piragua. Si se encuentran en dificultades, siempre podrán regresar a tierra.

—¿Y no sería mejor esperar a que pase la tormenta? — preguntó

Lisa.

El policía sonrió.

—Las tormentas en este país suelen durar muchos días, señora. El agua cae sin parar. Tanto es así que la vida en el país se paraliza. Claro que si ustedes están dispuestos a esperar…

—No —dijo Alan—, Seguiremos su consejo, oficial.

El policía se llevó una mano a la gorra y se alejó lentamente.

Alan se volvió al recepcionista.

—Dormiremos aquí esta noche.

El tipo les miró por encima de las gafas y asintió con la cabeza.

* * *

Después de cargar las provisiones y un par de rifles en la piragua, se alejaron de Rajang. Las aguas del río bajaban quietas aunque algo turbias. Gopal aclaró que aquello era indicio de que iba a llover muy pronto.

El filipino y Alan estuvieron remando sin parar durante más de una hora. La distancia que les separaba de su punto de destino era larga y era preciso ganar tiempo al tiempo.

Navegaban, en la medida de lo posible, muy cerca de la orilla para evitar la intensa corriente del centro del río. Las riberas no ofrecían gran interés en aquel trecho del recorrido. De vez en cuando se cruzaban con enormes desfiles de troncos.

Naturalmente, habían decidido detenerse en cada uno de los poblados que encontrasen a su paso y preguntar si habían visto a Pierre o tenían conocimiento de lo que hubiera podido ocurrirle.

Alan miró a la muchacha.

Lisa estaba sentada en el centro de la embarcación. Llevaba un conjunto safari. Su bello rostro quedaba ligeramente oculto por el ala del sombrero. Sin embargo, Alan pudo apreciar que estaba preocupada. De vez en cuando echaba una mirada en dirección a la orilla como si esperase ver en ella a su marido.

—Habrá que ir con cuidado para no chocar con alguno de esos troncos —dijo Gopal—. Un leve golpe y podríamos volcar.

Lisa se estremeció. Supuso y con razón que aquellas aguas estarían infectadas de cocodrilos.

Aparecieron algunas islitas con una vegetación extraordinaria, entre las rocas, y por fin, después de tres horas de navegación, vieron el

primer poblado.

Lisa y Alan quedaron sorprendidos al comprobar el tamaño de las viviendas hechas de bambú y madera.

—Son las «largas casas» —aclaró Gopal—. Algunas, como ésa, albergan a un pueblo entero bajo el mismo techo. Llegan a medir hasta ciento cincuenta metros de largo.

Con los dos rifles calibre 16 bajo el brazo, y después de amarrar la embarcación a un rudimentario pontón cobrizo, algunos con el cuerpo totalmente tatuado.

Pero lo más curioso de todo, era que nadie les prestaba la menor atención. Era como si aquellas primitivas criaturas estuvieran acostumbradas a las visitas de forasteros. Y en realidad así era. Aquél era un poblado de paso y la mayoría de embarcaciones se detenían en el mismo para adquirir provisiones o para pasar la noche en alguna de las «largas casas».

Gopal detuvo a un hombre que iba cargado con dos pesadas tinajas atravesadas por un palo que sostenía sobre sus escuálidas espaldas. Le mostró la foto de Pierre y le preguntó si lo había visto. El hombre miró la foto y negó con la cabeza. El filipino repitió la misma operación media docena de veces pero al parecer, nadie sabía nada.

Nadie había visto a Pierre Lacroix.

De repente, vieron a un individuo con traje blanco que les estaba observando. Fumaba en pipa y tenía largos mostachos. Estaba a la puerta de una gran choza. Bajo el pórtico de la misma, había dos hermosas nativas en el suelo. No tendrían más de trece años. Sus pechos eran pequeños pero bien formados.

Se acercaron a él. El tipo les miraba con ojos escrutadores, sobre todo a Lisa. No cabía ninguna duda de que la muchacha era de su agrado.

Gopal le mostró la foto de Pierre.

—Estamos buscando a este hombre —le dijo—. ¿Lo ha visto?

—Es posible —respondió.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —preguntó Lisa.

El hombre sonrió. Sus dientes eran negros y desiguales.

—¿Es su marido?

—Sí.

—Y ha perdido su rastro, ¿eh?

—Sí…

—¿Por qué no hablamos de ello con más calma? —preguntó aquel individuo—. Mi nombre es Hans Berger. ¿Quieren una cerveza?

—No podemos perder el tiempo, señor Berger —respondió secamente Alan que se había dado cuenta del interés de aquel tipo por Lisa.

—En estos parajes el tiempo no existe, caballero —respondió a su vez Berger—, y es costumbre no rechazar jamás una invitación.

Gopal asintió con la cabeza.

—Es cierto, Alan. Debemos aceptar.

El interior de la choza estaba bastante bien acondicionado. Había un comedor y una sala de estar, una cocina y un dormitorio tras unas cortinas. El suelo estaba cubierto por una gran alfombra de caña prensada y de las paredes colgaban fetiches y un objeto que Lisa encontró horrible.

Era una calavera humana sujeta por unas tiras de cáñamo. Colgaba del techo, en un lugar preferente. Al parecer, Berger se sentía muy orgulloso de tenerla.

—Me la regaló hace dos años un jefe *ibans*. Pertenece a un explorador inglés. Se llamaba Stanley O'Hara.

—Parece que le tiene usted mucho aprecio —dijo Gopal.

—En efecto. ¿Y saben por qué? O'Hara mató a mí hermano. Luego cayó en manos de los *ibans*, los cortadores, de cabezas, y éstos lo mataron a él. Entonces, su jefe, Kamik, gran amigo mío, se hizo ese regalo.

A Lisa le pareció una historia demasiado macabra. ¿Cómo podía vivir aquel hombre en compañía de aquella espantosa calavera aunque perteneciera al asesino de su hermano?

Berger se volvió a las dos muchachas que estaban junto a la puerta de la choza.

—*¡Sat da! ¡Sat da!* —les dijo en tono autoritario y las muchachas desaparecieron en la cocina. Luego se volvió a sus invitados—. Tomen asiento, por favor. *Mis esposas* traerán las cervezas.

—Bien, señor Berger —dijo Alan—, ¿Cuándo vio a mí amigo por última vez?

—Hace dos noches. Estuvo aquí con otro individuo.

Las muchachas trajeron las cervezas en una bandeja de madera y se alejaron corriendo como un par de cervatillos.

—Durmieron en una de las «largas casas» —prosiguió Berger después de echar un trago—, y al día siguiente se adentraron en la

selva.

—¿Se adentraron en la selva? —preguntó Gopal.

—Eso he dicho.

Gopal y Alan intercambiaron una mirada.

—¿Hacia dónde fueron? —preguntó Lisa.

—No lo sé —dijo Berger—, Ni siquiera llegué a hablar con ellos. Sin embargo, es posible que se dirigieran a Tasao. Es el único poblado al que se puede ir desde aquí a través de la selva.

—¿Qué hay en Tasao? —preguntó Alan.

Berger sonrió.

—Un importante centro de venta de droga… a mitad de precio. Los vendedores no son profesionales aunque la mercancía es de primera calidad. Si se llega a hacer negocio con ellos, se puede ganar mucho dinero. Pero no es fácil comerciar con esa gente. Son muy desconfiados porque temen represalias de los distribuidores profesionales. En realidad existe una guerra abierta entre ambos bandos.

Alan se puso de pie.

—Ha sido usted muy amable, señor Berger.

—¿Ya se van? —preguntó éste mirando a Lisa.

—Sí —dijo Alan—, Tenemos prisa por llegar a Tasao.

—Les advierto que es un camino muy duro —dijo Berger—, y van a necesitar de tres a cuatro días para llegar allí. Les aconsejo que se lleven a un gula.

—No es mala idea —dijo Gopal.

—Yo les proporcionaré uno bueno —Berger se puso de pie y se dirigió hacia la puerta—. No les saldrá muy caro, pero les advierto una cosa; les abandonará en cuanto huela a un *ibans.*

—¿Es que hay cortadores de cabezas en esa selva?
—preguntó asustada Lisa.

Berger soltó una carcajada.

—¡Qué va! No tema, señora. Era una broma.

* * *

El guía se llamaba Palak.

Era un individuo pequeño y silencioso. Tenía ambos brazos y el pecho tatuados y una cinta de cáñamo le rodeaba la cabeza. Un aro colgaba de su oreja derecha y llevaba un enorme machete en la cintura. Su única prenda era un taparrabos.

Les ayudó a desembarcar las provisiones de la piragua, cargó con los bultos más pesados y después de cruzar el poblado, se internaron en la selva.

Al cabo de diez minutos, Palak se volvió y señaló en dirección al suelo.

—¡Bungare! ¡Bungare! —exclamó.

—¿Qué significa eso? —preguntó Lisa.

—Bungare es el nombre de una serpiente de cabeza roja y una de las más venenosas que existen —respondió Gopal—. Palak nos advierte que vayamos con cuidado.

Lisa sintió un escalofrío que la obligó a cogerse del brazo de Alan. El la miró. Se había puesto repentinamente pálida y no quitaba los ojos del suelo.

—No te preocupes —le susurró—. Yo vigilaré por ti.

Hicieron el primer alto en un claro, junto a un riachuelo. El calor era sofocante. Lisa se ocultó detrás de unos matorrales y se cambió el conjunto safari por una camisa de color blanco y unos *shorts*. Se había recogido el cabello. Estaba preciosa.

Comieron arroz enlatado y carne en conserva. Palak se mantenía a cierta distancia de ellos. El guía se limitó a comer una extraña mezcla de algo parecido a judías y pedacitos de carne que había sacado de su rudimentaria mochila. Comía con las manos y muy deprisa.

—Hay algo que no entiendo —dijo de pronto Alan—, Si Pierre sabía que se iba a adentrar en la selva con aquel individuo, ¿por qué no nos advirtió de ello? ¿Por qué no nos dijo que ya no volvería a llamarnos en algunos días? ¿Dónde dejó el avión?

—Yo me he hecho las mismas preguntas —dijo Gopal—. Además, ¿por qué consintió en adentrarse en la selva con Werner? Ese no era su trabajo.

Volvieron a quedar en silencio.

—¿Y si Berger nos ha engañado? —preguntó de pronto Lisa.

—¿Por qué iba a hacerlo? —inquirió a su vez Alan.

—No lo sé —dijo ella—. Pero ese individuo no me gusta. Hay algo desagradable en él.

—Pero eso no significa que nos haya engañado —dijo Gopal.

Palak emitió una especie de gruñido mientras señalaba en dirección al cielo. Se estaba cubriendo de negros nubarrones.

—No tardará en llover — dijo Gopal—. Será mejor que echemos a andar.

Palak, como siempre, iba delante de ellos con el machete en la mano, preparado para cualquier emergencia. Era un individuo que estaba en constante tensión y que no perdía detalle de lo que ocurría a su alrededor. Ni siquiera le pasaba desapercibido el vuelo de una mosca.

De repente se detuvo y extendió ambos brazos. Los demás también se detuvieron. Alan llevó una mano al rifle que colgaba de su hombro.

—¿Qué sucede, Palak? —preguntó Gopal.

—Bungare…

—¡Oh, Dios mío! —exclamó horrorizada Lisa.

—Cálmate —le pidió Alan.

El guía dio unos tímidos pasos hacia unos arbustos que había a su derecha. Llevaba el machete en alto y en su delgado y cobrizo rostro se reflejaba una gran tensión.

Durante unos segundos estuvo mirando en dirección a los arbustos. Palak había dejado de respirar. En aquellos instantes tenía la inmovilidad de una estatua.

Lisa estaba temblando de miedo. De vez en cuando miraba en dirección al suelo. Temía ver aparecer al peligroso animal en cualquier momento.

De pronto, Palak pareció volver en sí de aquel profundo estado de concentración y se giró hacia los demás.

—Marchar —dijo—, Bungare marchar…

—¿Estás seguro? —quiso saber Lisa.

Palak asintió con la cabeza y echó a andar de nuevo.

* * *

Habían empezado a caer las primeras gotas.

Sin embargo, no se detuvieron y siguieron caminando en dirección a una colina que se veía al fondo. Palak parecía conocer a la perfección todo aquel territorio. No dudaba en ningún momento y si ahora les guiaba hacia aquella colina, sus razones tendría. Y en efecto, así fue.

Habían llegado a un poblado abandonado en el que sólo había media docena de viejas chozas y un par de porquerizas. Era un poblado *kayan,* los eternos rivales de los *ibans.*

La lluvia había arreciado y se refugiaron en una de las chozas.

—Pasar aquí la noche —dijo Palak. Acto seguido desapareció en la

selva y volvió a aparecer al cabo de un rato cargado con ramas para hacer fuego.

Estuvo lloviendo más de tres horas de forma torrencial. Gopal se había tumbado en su saco de dormir, cerca de la hoguera que había encendido el guía. Alan y Lisa estaban sentados el uno junto al otro, fumando en silencio. Palak estaba de cuclillas a la puerta de la choza mirando en dirección al valle. El único sonido era el crepitar de las llamas y el constante golpeteo de la lluvia contra el techo de la choza.

—Alan… —dijo de pronto ella.

—¿Qué?

—Tengo un mal presentimiento.

—¿Respecto a Pierre?

—Sí. ¡Creo que está muerto!

—¿Y por qué crees en semejante atrocidad?

—Esta maldita selva está llena de peligros, Alan, Las bungare, los *ibans*… Además, no entiendo por qué se metió aquí con Werner. Como muy bien ha dicho Gopal, la única misión de mi marido era traer a aquel hombre en avión. ¿Por qué se arriesgó a adentrarse en la selva?

—Por dinero. Supón que Werner le ofreciese una buena suma a Pierre por acompañarle hasta Tasao.

—Sí, puede ser una explicación —admitió ella.

—Lisa, si quieres un buen consejo no pienses más en ello —oyó que le decía Gopal—, Ya verás cómo encontramos a Pierre.

La muchacha se despertó varias veces durante la noche. Cualquier pequeño ruido era suficiente para ponerla en tensión. Era un miedo instintivo. Fuera, seguía lloviendo.

De repente, se dio cuenta de que Palak no se encontraba en la choza.

Despertó a Alan que dormía a su lado y se lo dijo. Alan se levantó rápidamente y salió de la choza, pero le fue imposible ver nada debido a la oscuridad reinante. Volvió a entrar en la choza y cogió una de las potentes linternas. Bajo una pertinaz lluvia buscó al guía por todo el poblado. Pero no encontró ni rastro de él.

Regresó a la choza. Gopal también se habla despertado.

—Lo más extraño de todo es que sus pertrechos están aquí —dijo el filipino señalando en dirección a la mochila.

—Tiene que haber ocurrido algo muy grave para que haya huido tan precipitadamente —murmuró Alan.

—Ya nos lo advirtió Berger —dijo Lisa temblando—, ¿Recordáis?

Nos dijo que en cuanto detectase la presencia de los *ibans*, huiría.

—Pero también nos dijo que se trataba de una broma — gruñó Gopal.

—Es indudable que nos tomó el pelo —dijo Alan.

—Eso significa que los *ibans* están cerca —dijo Lisa mirando con espanto a los dos hombres.

Pero ni Gopal ni Alan supieron qué responder.

CAPÍTULO VII

LA lluvia había cesado momentáneamente aunque el cielo seguía cubierto de negros nubarrones. Era indudable que no tardaría en volver a llover.

Dejaron el abandonado poblado para volver a internarse en plena selva. Ahora, a su desconocimiento del lugar donde se encontraban, había que añadir la espantosa sensación de que estaban siendo observados por los cortadores de cabezas.

Era como caminar por un lugar repleto de minas enterradas.

Naturalmente ignoraban si el camino que habían elegido era el que les llevaría a Tasao o a las manos de los *ibans*. Pero tenían que seguir adelante. Volverse atrás hubiese sido un grave error. Por lo tanto, en aquellos momentos ignoraban por completo el futuro que les aguardaba en aquella intrincada selva.

Caminaban con premeditada lentitud y con los nervios en tensión, mirando constantemente a un lado y a otro, con las armas dispuestas. Lisa iba en medio de los dos hombres sujetando con fuerza las correas de su mochila.

De repente, Gopal se detuvo.

—¿Qué sucede? —le preguntó Alan.

—Me ha parecido oír un raido —contestó el filipino.

—No podemos detenernos a cada ruido que oigamos, Gopal —le dijo Alan—, Esto está lleno de bichos que se mueven en todas direcciones.

—Este era un ruido especial, Alan —respondió el filipino, mirando a su alrededor—. Parecían pisadas.

Alan cargó el arma.

Durante unos instantes permanecieron en el más completo silencio,

pero sólo se escuchaba el canto de algún ave o sus propias respiraciones.

Súbitamente, apareció ante ellos.

Había salido entre unos arbustos que se encontraban a sus espaldas. Era un oso malayo. Gopal les conocía bien. Sabía que estaban dotados de una gran vitalidad y que nada les detenía. No se trataba de unas bestias demasiado grandes, pero son muy agresivos y no teme los golpes. Todo lo contrario, cuando le golpean ataca con más fuerza.

Lisa había dejado escapar un desgarrado grito. El animal dirigió su furiosa mirada hacia ella, mostró los dientes, puntiagudos y afilados y se abalanzó hacia la muchacha.

Los dos dispararon a la vez. El oso lanzó un aullido y cayó fulminado al suelo.

Lisa se arrojó en los brazos de Alan.

—¡Qué miedo he pasado! —exclamó, temblando.

Él le acarició los cabellos.

—Te lo advertí. Era mejor que te hubieses quedado en Belanga.

No muy lejos de allí, alguien había oído los disparos.

* * *

Sin reponerse aún de la sorpresa por el ataque de aquel oso, se vieron rodeados por una docena de pequeños individuos de rostro cobrizo, totalmente desnudos y armados con lanzas.

—*¡Ibans!* —gritó Lisa.

Uno de aquellos individuos se adelantó a los demás y negó con la cabeza.

—*Kayan… kayan… —dijo.*

—No son cortadores de cabezas —dijo Gopal—. No son *ibans*. Son *kayan.*

El nativo asintió con la cabeza.

—Me gustaría preguntarles dónde nos encontramos —murmuró Alan —, y si Tasao queda aún muy lejos. El nativo levantó un brazo y señaló en dirección al norte.

—Tasao… Tasao…

—¿Significa eso que Tasao queda al norte? —preguntó incrédulamente Alan.

—Eso parece —respondió Gopal—, así que estábamos siguiendo una dirección totalmente equivocada. Lo que ya no sé es si nos hemos

equivocado nosotros o Palak nos ha traído a una trampa.

El nativo señaló en dirección al oso. Luego se llevó una mano al pecho.

—¿Qué intenta decir? —preguntó Lisa.

—Creo que intenta decirnos si le regalamos el oso

—dijo Alan.

Gopal asintió con la cabeza y el nativo sonrió agradecido. Después, se volvió a sus compañeros.

—*¡Tal, tal!*

Tres de ellos cargaron con el animal. El que parecía el jefe señaló entonces sucesivamente a Gopal y Alan y a la muchacha. Después, levantó un brazo y les hizo un gesto para que le siguieran.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó con recelo Lisa.

—Apostaría a que quiere que le acompañemos a su poblado —dijo Gopal—. Pretende agradecernos el regalo que le hemos hecho.

—Pensándolo bien, no es mala idea —intervino Alan—, A lo mejor pueden darnos información de Pierre.

Aquel poblado *kayan* se encontraba en un claro del interminable bosque. Estaba rodeado por altos árboles y allá a lo lejos se veían las cimas de unas montañas cuyas laderas tenían un color ocre.

Hombres, mujeres, ancianos y niños, todos ellos completamente desnudos, rodearon a los recién llegados. El hombre que les había llevado hasta allí les dijo algo y luego les indicó el oso. Entonces, todos inclinaron sus cuerpos en señal de agradecimiento. Parecía buena gente y Lisa se sintió algo más tranquila.

El jefe de aquella tribu se llamaba Rujalh. Era un hombre muy gordo y de cortas extremidades. En la cabeza llevaba una especie de casquete. Estaba sentado en el suelo y rodeado por sus siete esposas, todas ellas muy jóvenes. Después de escuchar las explicaciones del nativo que Alan y sus amigos habían encontrado en la selva, les hizo un amable gesto para que tomaran asiento a su lado. Inmediatamente las mujeres desaparecieron y volvieron a aparecer poco después con comida y bebida. Lisa echó un rápido vistazo a los enormes cuencos repletos de algo parecido a carne.

Sintió que se le removía el estómago, pero no dijo nada. Gopal le hizo una inclinación con la cabeza para darle a entender que no debía despreciar lo que le ofrecían.

Resultó que lo que había en los cuencos no era carne, sino pescado. Lisa no había probado jamás nada tan exquisito. Naturalmente

comieron con los dedos, al estilo de aquellas gentes. De repente apareció un hombre en el poblado. Iba a lomos de una mula. El recién llegado llevaba una sotana blanca y un sombrero de paja. De su cuello colgaba un enorme crucifijo.

Se presentó como el padre Maloney. Era un norteamericano que llevaba más de veinte años entre aquellas tribus que vivían al noroeste del río Rajang, haciendo una labor de apostolado que nadie le agradecía.

Alan le contó el motivo por el cual se encontraban allí y le mostró la fotografía de Pierre.

El padre Maloney la miró durante unos segundos. Alan observó que su rostro se había crispado. Pero fue sólo un momento, algo tan fugaz que ni Gopal ni Lisa se dieron cuenta de ello.

El padre Maloney negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo—. No le he visto nunca por aquí, no le conozco.

—¿Está seguro? —preguntó Alan. Algo le decía que el misionero le estaba engañando.

—Por completo.

—¿Quiere preguntárselo a Rujalh?

—No es necesario —respondió el padre Maloney—. Le puedo asegurar que su amigo no ha pasado por aquí.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé todo lo que sucede en estos poblados, señor Gilmore —respondió el padre Maloney.

—¿Queda muy lejos Tasao? —preguntó Gopal.

—A tres días de camino, siempre hacia el norte. No tienen pérdida mientras no se alejen demasiado del cauce del río.

—¿Y qué me dice de los *ibans*, padre? —le preguntó Lisa.

—No se le ocurra pronunciar ese nombre en presencia de estas gentes, señora. Los *kayans* y esos cortadores de cabezas son enemigos irreconciliables. Pero respondiendo a sus preguntas, le diré que corren el peligro de tropezarse con ellos. No quiero engañarles. Deberán ir con mucho cuidado.

* * *

Lisa supo poco después que en las afueras del poblado había una hermosa cascada.

—Voy a tomar un baño antes de marcharnos, Alan. No sé cuándo podré volver a hacerlo.

—De acuerdo.

—Pero tengo miedo de ir sola.

—Yo te acompañaré.

Alan cogió su rifle y se encaminaron hacia la cascada. En efecto, era un lugar paradisíaco. El agua caía desde unos treinta metros de altura por un desnivel rocoso en el que abundaban las enredaderas. Se había formado un pequeño lago bajo la montaña. No era demasiado profundo y en él crecían una especie de plantas de color rojo muy parecidas a los nenúfares.

Lisa tocó el agua con la mano.

—¡Está caliente, Alan! —exclamó.

El asintió con la cabeza.

—¿Te animas?

—No tengo ganas de bañarme, Lisa —respondió Alan, sentándose en la húmeda hierba. Dejó el rifle a un lado y encendió un cigarrillo. Cuando levantó la cabeza, vio a Lisa completamente desnuda a punto de arrojarse al agua. Sintió un doloroso vacío en la boca del estómago y también unos deseos incontenibles de poseer a aquella muchacha a la que procuraba ignorar en todo momento, repitiéndose al mismo tiempo una y otra vez que debía respetarla porque era la esposa de su mejor amigo.

Alan se tumbó en la hierba y dio varias nerviosas chupadas al cigarrillo. De repente oyó un grito de Lisa. Alan se incorporó, cogió el rifle y corrió hacia ella.

La encontró de espaldas contra una roca mirando con los ojos muy abiertos en dirección a las limpias aguas. Alan no se lo pensó dos veces y entró en el lago. Afortunadamente no era muy profundo y sólo le cubría hasta un poco más arriba de las rodillas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Lisa.

Ella señaló temblorosamente en dirección al agua. Alan soltó una carcajada. Se trataba de un inofensivo *baya*, un pez de color oscuro con grandes ojos verdes.

Cuando él se lo explicó, Lisa bajó el rostro, avergonzada. Alan se acercó a ella.

—Vamos, no hay para tanto.

Lisa le miró.

—Lo siento, Alan —dijo—. Mira cómo te has puesto por mi culpa. Soy una estúpida.

Alan vio sus pechos bajo la superficie, sus muslos… su oscuro pubis… Rápidamente apartó los ojos y le tendió una mano a Lisa.

—Será mejor que salgamos… —le dijo.

Sus manos se unieron y Alan tiró suavemente de ella, pero Lisa perdió el equilibrio y se ladeó ligeramente. Inconscientemente, él la rodeó con el brazo. Sus cuerpos quedaron uno frente al otro, apenas unos segundos, pero los suficientes para que Alan perdiese el control sobre sí mismo y la besase furiosamente en la boca.

Luego la miró temiendo su reacción, pero Lisa no dijo absolutamente nada.

Se limitó a seguirle en silencio, cogidos de la mano.

* * *

Aquella noche durmieron en plena selva.

Afortunadamente había dejado de llover hacía un buen rato. Habían montado la tienda entre el espeso follaje, como si aquello les fuera a servir de algo en caso de un ataque de los cortadores de cabezas.

Alan hizo el primer turno de guardia, bajo una total oscuridad. No se habían atrevido a encender ninguna hoguera. Recostado contra el grueso tronco de un árbol en el que había enroscado una gruesa liana de aspecto rugoso llamada *tuba*, estuvo pensando en todo lo sucedido hasta entonces y decidió que cuando encontrasen a Pierre, si es que lo encontraban con vida, él se largaría para siempre. No estaba dispuesto a seguir al lado de su amigo torturándose con la presencia de Lisa de la que estaba locamente enamorado. Pero, ¿qué ocurriría si Pierre había muerto?

Mientras aguzaba el oído echó mano del fusil que se encontraba a su lado.

Ahora oyó claramente que se trataba de pisadas. Alan pegó un brinco y cargó el arma.

La erguida figura del padre Maloney apareció de entre la oscuridad. Se alumbraba con una pequeña linterna.

—Buenas noches, señor Gilmore —saludó el misionero.

—Buenas noches, padre. ¡Menudo susto me ha dado! Por un momento temí que pudiera tratarse de algún *ibans*.

—Los *ibans* jamás atacan de noche, hijo. En la selva y durante la

noche, a lo que más hay que temer es a las serpientes y algún que otro susto de los gibones.

—¿Qué está haciendo por aquí a estas horas, padre?

—Quería hablar contigo o con tu compañero acerca del amigo que andáis buscando. Pero será mejor que nos alejemos de la tienda —el padre Maloney bajó su tono de voz—, no quisiera que su esposa escuchase lo que voy a contarte.

El padre Maloney echó a andar alumbrando el sendero con la pequeña linterna. Alan iba detrás de él, preguntándose qué era aquello tan importante que tenía que decirle y que ni siquiera podía escuchar Lisa. El misionero se detuvo al llegar junto a su mula. El animal estaba paciendo tranquilamente alrededor de un grueso árbol *tuba.*

—Vuestro amigo llegó al poblado de Rujalh hace unos pocos días. Iba acompañado de otro hombre y de un par de gulas. Rujalh, al igual que ha hecho con vosotros, le ofreció su hospitalidad. Pero luego ocurrió algo terrible.

—¿Qué fue ello, padre?

—Vuestro amigo violó a una hija de Rujalh.

—¿Qué?

—Era una muchacha preciosa y estaba a punto de casarse con un bravo guerrero de otra tribu *hayan*. Vuestro amigo la sorprendió en el lago, mientras se estaba bañando, y la violó. Los gritos de la pobre criatura se oyeron en todo el poblado. Cuando llegaron al lago, la muchacha se estaba desangrando y vuestro amigo había huido. La hija de Rujalh se llamaba Kissia y sólo tenía doce años.

—¡No! ¡No puede ser, padre! ¡No puedo creer que Pierre fuera capaz de hacer una cosa así!

—Pues lo hizo. El futuro marido de Kissia y seis de sus más bravos guerreros emprendieron la persecución de vuestro amigo, pero les llevaba demasiada ventaja y no pudieron dar con él. Sin embargo, no dejarán de buscarle y mientras siga en la selva, tarde o temprano le encontrarán.

—¿Y los demás? Me refiero al hombre que acompañaba a mí amigo y a los dos guías.

—Los *kayans* les mataron.

Alan quedó en silencio. Lo que acababa de contarle el padre Maloney le había conmocionado.

—Ahora, vuestro amigo está vagando por la selva como un fantasma. Perdido, acosado por el futuro marido de Kissia, el bravo

guerrero Naol, y a merced de los *ibans*. Dudo que siga con vida.

—Pero mientras exista una posibilidad de que aún esté con vida, tenemos que seguir buscándole.

—Lo comprendo. Sin embargo, os quiero advertir algo. Si llegarais a encontrarlo antes que Naol o los cortadores de cabezas, dirigíos lo más rápidamente posible a Tasao. Allí estaréis a salvo.

—Gracias por todo, padre —murmuró Alan.

—Buenas noches y que tengáis suerte… —el padre

Maloney montó en su mula y se alejó lentamente hasta perderse en la oscuridad.

* * *

Al día siguiente y mientras Lisa preparaba café, Alan le hizo un gesto a Gopal para que le acompañase y cuando estaban a suficiente distancia de ella, le contó al filipino su encuentro con el padre Maloney la noche anterior.

Gopal palideció al escuchar el relato de Alan.

—¡Es increíble! —exclamó—. Jamás hubiera creído a Pierre capaz de hacer una cosa así. Y dudo que lo haya hecho, Alan. Lo dudo de verdad.

—Entonces, ¿crees que el padre Maloney nos ha engañado? ¿Por qué iba a hacerlo, Gopal?

—No lo sé… ¡Oh, Dios! ¡Me cuesta tanto creer en esa historia! Pierre no es de esa clase de hombres, Alan. Y tú lo sabes.

—¡El desayuno está listo! —oyeron que decía Lisa.

—De momento, ella no tiene que saber nada, ¿de acuerdo, Gopal?

—De acuerdo.

Desayunaron en silencio y después levantaron el campamento.

Caminaron siempre en dirección norte, con los ojos expectantes y las armas dispuestas. Ignoraban lo que iban a encontrar a cada paso que daban. Cualquier ruido, el canto de un ave salvaje, les ponía alerta. Era una angustia difícilmente superable, irritante.

Cruzaron un riachuelo y encontraron un par de lentas tortugas a su paso. De repente, Gopal levantó un brazo. Frente a ellos, a pocos metros, había un garlito de roten que cortaba, prácticamente a todo lo

largo, el curso del agua.

Era la trampa indígena clásica; una pequeñísima entrada, con puntas erizadas dirigidas hacia el interior y después de un corto túnel, la bolsa misma, la prisión donde en aquel momento nadaban dos enormes peces. Alimento fresco, sabroso. Algo ideal para variar del arroz y de la carne enlatados.

—Es mejor que no nos acerquemos —dijo Gopal.

—¿Por qué no? —preguntó Alan.

—Pertenece a los indígenas de algún poblado próximo y si nos descubriesen robándoles, podríamos pasarlo mal.

—¿Crees que pueda tratarse de algún poblado *ibans*, Gopal? —preguntó asustada Lisa.

—Lo ignoro. Pero por si acaso, estemos muy alerta.

Gopal no ignoraba que aquellas trampas nunca se tendían a más de dos o tres horas de un poblado, así que convenía ir con mucho cuidado, no fuera que se tratase, precisamente, de un poblado habitado por cortadores de cabezas.

No habrían caminado ni cien metros cuando, súbitamente, oyeron un espeluznante aullido parecido al de un lobo. Lisa sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—¿Qué habrá sido eso? —preguntó Alan.

—No lo sé —respondió Gopal, echando un rápido vistazo a su alrededor—. De lo que estoy seguro es que no se trata de lobos. No existen por estas selvas.

El repentino grito de Lisa les hizo volverse.

Frente a ellos, semiocultos tras los helechos asomaban los diabólicos rostros de media docena de individuos de piel cobriza y largos cabellos negros que les apuntaban con sus cerbatanas.

—Será mejor que arrojemos las armas, Alan —murmuró Gopal.

Ninguno de los tres se atrevió a confesarlo, pero todos pensaron en lo mismo.

Acababan de caer en manos de los cortadores de cabezas.

CAPÍTULO VIII

LOS condujeron a un poblado no demasiado grande, uno de los muchos poblados *ibans* que se encuentran en la selva. Delante de la comitiva iba el que parecía ser el jefe. Tenía una profunda cicatriz en la mejilla derecha. Él era el que llevaba los rifles y quien daba las órdenes. Tenía una expresión feroz. Más tarde supieron que se llamaba Tuang.

Al llegar al poblado observaron una calma tensa y de repente supieron el porqué.

Se estaba a punto de celebrar un combate entre un guerrero *ibans* y un *kayan*. Ambos se encontraban en medio de un círculo, rodeados por totalidad de los habitantes del poblado. Cada uno de los contendientes tenía un largo machete en las manos.

Sin embargo, la llegada de la comitiva paralizó todo movimiento. Todos se volvieron a los recién llegados y al poco apareció el jefe del poblado, un individuo de mediana estatura, bastante fornido y con los cabellos más largos que los demás. En la mano derecha llevaba una especie de cetro del que colgaba una calavera reducida. Había salido del *bilek*, donde tienen lugar los consejos *ibans* y donde se toman todas las decisiones.

Tuang se acercó hasta él y le estuvo hablando. El jefe del poblado miró a los prisioneros y luego asintió con la cabeza. Tuang regresó junto a Alan y los demás.

—Vosotros esperar hasta que termine *buang*. Luego, jefe Buma y consejo, decidir qué hacer con vosotros.

Buang significa duelo en el complicado idioma *ibans*; es decir que los prisioneros tenían que esperar a que terminase el duelo entre aquellos dos guerreros para saber si el jefe Buma y sus consejeros decidían perdonarles la vida o… cortarles la cabeza.

Buma alzó su cetro y al instante, tres *ibans* se dirigieron corriendo hacia una choza custodiada por dos compañeros armados con lanzas. Abrieron la puerta, desaparecieron en el interior de la choza y a los pocos segundos volvieron a aparecer llevando un prisionero.

A pesar de su deplorable aspecto, a pesar de la larga barba que cubría su sucio y magullado rostro, Lisa le reconoció inmediatamente. Y lo mismo ocurrió con Alan y Gopal.

Era Pierre.

La muchacha dejó escapar un grito. El jefe Buma miró inmediatamente hacia ella y le hizo una indicación a Tuang. Este golpeó a la muchacha.

—¡Callar! —ordenó—. ¡Tú callar!

Colocaron a Pierre en el centro del círculo, entre los dos contendientes. El socio de Alan miraba asustado a un lado y a otro. En su rostro había la angustiosa expresión del que sabe que va a morir muy pronto.

Tanto Alan como Gopal adivinaron inmediatamente lo que había sucedido.

No cabía ninguna duda de que Pierre había caído en manos de los *ibans*, pero luego, alguien se había presentado en el poblado reclamando sus derechos sobre el prisionero y ese alguien era el bravo guerrero al que se había referido el padre Maloney, es decir el futuro marido de la muchacha que había violado Pierre.

Ahora, el guerrero *ibans* que habla capturado a Pierre y el que iba a ser el marido de Kissia, se disponían a enfrentarse. El vencedor se quedaría con Pierre y decidiría la suerte del prisionero.

Por lo tanto, la historia que había contado el padre Maloney era cierta. Pierre había violado a una muchacha de doce años. Posiblemente lo hizo sin pensar en las consecuencias o creyendo que tenía todo el derecho a hacerlo por el simple hecho de tratarse de una pobre indígena y él un *importante* hombre blanco.

Los dos guerreros empezaron a pelear. Manejaban los largos machetes con una asombrosa habilidad y se movían alrededor del cada vez más asustado Pierre. El también habría adivinado ya lo que estaba ocurriendo y que no era ni más ni menos que el *juego de la muerte*, el *buang*, donde se decide la suerte de alguien… Sin embargo, había una pequeña diferencia. En aquel duelo no se trataba de decidir si el prisionero tenía o no que ser ajusticiado, si iba a morir o a quedar libre. Lo que allí se decidía era cuál de los dos guerreros le cortaría la cabeza.

Alan observó que Tuang seguía con atención la pelea y que habla descuidado la vigilancia de los dos rifles los cuales había dejado apoyados en una choza cercana. Alan le hizo una indicación con la cabeza a Gopal que éste comprendió inmediatamente.

De un rápido salto se apoderaron de las armas y dispararon al aire.

Todos los rostros se volvieron hacia ellos, los dos contendientes dejaron de pelear. Pierre, al reconocer a sus amigos y a su mujer, dejó escapar un grito de alegría.

—¡No queremos matar a nadie! —gritó Alan—. ¡Sólo queremos a nuestro amigo!

Buma dijo algo en su idioma y el círculo se abrió para dejar paso a Pierre, pero cuando éste se disponía a abandonarlo, el machete manejado por el futuro marido de Kissia, el bravo guerrero humillado, surcó el aire como un relámpago y la cabeza de Pierre salió despedida del tronco y cayó al suelo con un sordo chasquido.

Lisa soltó un alarido de terror. Alan y Gopal tardaron unos segundos en reponerse de lo que acababan de presenciar. La cabeza de su amigo habla caído a pocos metros de donde se encontraban. Los ojos de Pierre estaban muy abiertos, su sangre había teñido el fango del suelo. Era un espectáculo terrible y que jamás olvidarían.

Cuando quisieron reaccionar ya era demasiado tarde.

Estaban rodeados y una veintena de cerbatanas apuntaban hacia ellos.

* * *

Les encerraron en una choza.

Lisa se había acurrucado en un rincón de la misma con los ojos fijos en el suelo y los brazos inertes. Estaba como hipnotizada. De vez en cuando las lágrimas asomaban a sus ojos y murmuraba el nombre de Pierre.

Ahora, tanto Alan como Gopal, no ignoraban lo que estaría sucediendo.

El jefe Buma se habría reunido en el *bilek* con sus consejeros para decidir lo que tenían que hacer con ellos.

Posiblemente decidirían su muerte.

Transcurrieron varias horas, unas horas espantosamente largas. Nadie entró a decirles nada, ni siquiera les dieron de comer, aunque tampoco sentían apetito.

Alan había intentado consolar a Lisa sin conseguirlo.

La muchacha se limitaba a escucharle, pero no decía nada.

—Déjala —le aconsejó Gopal—. Ha sido un golpe muy duro para ella. Tardará en reponerse y olvidar. Hay que dar tiempo al tiempo, Alan.

De repente la puerta se abrió y entraron dos *ibans* armados con lanzas.

Uno de ellos era Tuang.

—Venid… —les dijo.

Alan ayudó a Lisa a levantarse y los condujeron a través del poblado hasta el *bilek*. En su interior se encontraba Buma, acompañado de tres consejeros. Pero había otro hombre. Alan y Gopal sintieron una especial alegría al verle.

Era el padre Maloney.

Buma habló en su idioma con el misionero. Este le escuchó en silencio y luego se volvió a los prisioneros.

—Buma dice que sois sus rehenes, que sus hombres os han encontrado y que por lo tanto le pertenecéis…

Ahora fue el misionero el que habló con el jefe Buma. Finalmente, éste asintió enérgicamente con la cabeza.

—Le he dicho que lo único que pretendíais era salvar a vuestro amigo, que no queríais hacer daño a nadie, que no disparasteis contra ninguno de sus guerreros y que con la muerte del prisionero se ha hecho justicia. Le he pedido clemencia para vosotros y ha accedido. Así que sois libres.

—Dele las gracias al jefe Buma, padre —dijo Alan, sin poder creer aún que habían salvado el pellejo—. Y muchas gracias también a usted.

El padre Maloney repitió a Buna las palabras de Alan. El jefe asintió con la cabeza y levantó su cetro. El consejo había terminado.

Y Alan, Gopal y Lisa habían salvado milagrosamente sus vidas…

* * *

Una semana más tarde Alan y Lisa se encontraban en el aeropuerto de Manila. La muchacha, sin haberse repuesto aún por todo lo que había sucedido, se disponía a regresar a París.

Estaba terriblemente pálida y tenía profundas ojeras a causa del sufrimiento, pero seguía siendo una mujer hermosa y de la que Alan estaba locamente enamorado.

Naturalmente, éste no le había contado a Lisa lo que su amigo le

había hecho a aquella muchacha de doce años y que por lo tanto la muerte de Pierre se había debido más a un acto de justicia que a un asesinato.

No, nunca le contaría la verdad…

Los altavoces anunciaron que los pasajeros con destino a París debían dirigirse al avión. Lisa miró a Alan y él intentó sonreír.

—Algún día volveremos a vemos, Lisa —le dijo él.

—Sí, Alan. Algún día.

—Puede que antes de lo que imaginas, Lisa…

Ahora fue ella la que sonrió.

—Adiós, Alan.

—Adiós.

La vio alejarse y al poco rato desapareció entre el público que había en el aeropuerto.

Como un sueño.

F I N

COLECCION

tam tam

Aventuras
insólitas
Desenlaces
inesperados
Acción y violencia
Esto es:
tam-tam

aparición semanal

EDICIONES
CERES, S. A.
Apartado de Correos
9.142 Barcelona
PRECIO EN ESPAÑA: 60 PTAS.
Printed in Spain - Impreso en España